

**Universidad de Chile**  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Departamento de Literatura

**La inutilidad de las pasiones.  
Desidentificación del sujeto (pos)moderno  
en “Una pasión inútil” de Cristina Peri  
Rossi**

Informe Final del Seminario de Grado “Literatura y Posmodernidad” para optar al grado de Licenciado  
en Lengua y Literatura Hispánica

Alumno:

**Manuel Vidal Durán**

Profesor Guía: David Wallace Cordero  
[2007]



<b>I. Introducción . .</b>	<b>1</b>
<b>II. Análisis .</b>	<b>5</b>
<b>III. Conclusión . .</b>	<b>25</b>
<b>Bibliografía .</b>	<b>27</b>
<b>Apéndices .</b>	<b>31</b>
Apéndice 1: Modernidad ↔ Posmodernidad. .	31
Apéndice 2: Latinoamérica, expresión de procesos truncados. .	38



# I. Introducción

En el marco del Seminario de Grado “Literatura y Posmodernidad” revisamos la problemática y las relaciones entre los conceptos de Modernidad y Posmodernidad. La modernidad comienza a partir del entusiasmo iluminista y se solidifica con todo el proceso de revolución industrial. En la modernidad deja de existir una mirada respetuosa y halagüeña de los clásicos, toda la esperanza y el trabajo estará puesto en la novedad. Según Jürgen Habermas, “este hechizo que los clásicos de la antigüedad mantenían sobre el espíritu de épocas posteriores fue disuelto por los ideales del Iluminismo francés. La idea de ser «moderno» a través de una relación renovada con los clásicos, cambió a partir de la confianza, inspirada en la ciencia, en un progreso infinito del conocimiento y un infinito mejoramiento social y moral”<sup>1</sup>.

Esto trajo consigo cambios significativos en la forma de vida de las personas y modificó también la sociedad y la relación de los sujetos dentro de ella. Comienza una nueva manera de ver y entender el mundo. “Ser modernos es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas cruzan todas las fronteras de la geografía y de la etnicidad, de las clases y la nacionalidad, de la religión y la ideología: en este sentido, puede decirse que la

---

<sup>1</sup> Habermas, Jürgen: *Modernidad: un proyecto incompleto*. En: Nicolás Casullo (ed.). *El Debate Modernidad Pos-modernidad*. p.132. <sup>2</sup> Berman, Marshall: *Brindis por la Modernidad*. En: Nicolás Casullo (ed.). *El Debate Modernidad Pos-modernidad*. Buenos Aires, Editorial Punto Sur, 1989. p. 67.

modernidad une a toda la humanidad. No obstante, esta unión es paradójica, es una unión de la desunión: nos arroja en un remolino de desintegración y renovación perpetuas”<sup>2</sup>. El sujeto moderno se inserta dentro de este remolino en el que se imbrican los referentes y se superponen las dimensiones que lo orientaban en el mundo, hay avances técnicos que agilizan el ritmo de vida y que, por otro lado, trastornan algunas costumbres y modos de percibir el mundo. El factor tiempo/espacio va a tomar un rol preponderante y la sociedad avanzará de la mano de la producción y el capital.

Todos los cambios y perturbaciones de la modernidad estarán incrementados en la (pos)modernidad, la cual se erige como atenuación de aquellas relaciones que marcaron a una sociedad productiva. En la (pos)modernidad encontraremos a un sujeto que se indiferencia en la masa y que pasa a existir en tanto consumidor. La (pos)modernidad revela los excesos anunciados en la vida moderna y nos muestra una realidad fragmentada y virtual en el marco de una globalización que se mueve a partir de flujos y redes.

La reflexión mayor sobre estos procesos podrá encontrarse en los apéndices del presente informe, en donde se discuten estos temas y su influencia en las sociedades europeas y latinoamericanas.

Si es posible identificar un lugar en el cual estos procesos han dejado patente su incidencia, ese es sin lugar a dudas la ciudad. En el presente informe, abordaré un relato de Cristina Peri Rossi titulado *Una pasión inútil*, el cual se encuentra dentro del libro *Una pasión prohibida*<sup>3</sup>. En este relato se narra lo que le sucede a un personaje que llega a una ciudad desconocida para encontrarse con una persona de quien ignora sus rasgos físicos, pues sólo se ha comunicado por él mediante cartas. El encuentro tiene un cariz netamente comercial, se trata de un viaje de negocios común dentro de la sociedad actual. Al llegar a la ciudad, al protagonista le informan que, mientras él viajaba, la persona con la cual debía reunirse había muerto. Haciendo un cálculo entre las diferencias horarias que había atravesado, el protagonista cree que aún es posible encontrar viva a esa persona y se lanza en su búsqueda.

El relato exhibe muy certeramente el ambiente en el cual nos movemos actualmente. Los trastornos de la modernidad/posmodernidad, están reflejados a través de una narración que nos muestra un mundo desasido de los parámetros de personalidad. Nos presenta a una sociedad que está en constante movimiento y que difumina los límites y las coordenadas espacio-temporales.

Desde el corpus teórico revisado en el Seminario de Grado, realizaré un recorrido analítico por el texto, el cual servirá para observar la incidencia de los procesos ya mencionados en la literatura, entendiendo a esta última como espacio de reflexión sobre el hombre y su entorno.

El espacio de la ciudad ha sido tema de muchas obras literarias, ensayos y tesis,

---

2

<sup>3</sup> Peri Rossi, Cristina: *Una pasión prohibida*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1992. (Todas las citas del texto que se inserten en este informe corresponden a esta edición, de aquí en adelante sólo indicaré las páginas)

puesto que representa el punto de mayor influencia de la modernidad, es el lugar en donde se construye la sociedad y donde se toman las decisiones que afectarán a toda la comunidad. Para Baudelaire era el lugar en donde existía más gente y donde podías sentirte más solo. El flâneur identificado por Benjamin en la poesía de Baudelaire era ese sujeto que presenciaba la eclosión de la ciudad moderna y se indiferenciaba en la multitud. Desde allí mostraba el contraste de una burguesía despectiva frente a los marginados por la sociedad moderna. A estos últimos los ensalza y se adelanta a las consecuencias que tendrá este proceso. Hace hincapié en el hecho de no separarse, de no perder la unión cotidiana con las personas. El resultado vendría luego, una ciudad temerosa de sí misma, con casas enrejadas y personas que viven enajenadas en el trabajo y el consumo.

Cuando América fue conquistada por los españoles, éstos debían implantar su cultura y sus leyes en el nuevo territorio, dentro de los planes de colonización impusieron lo que Ángel Rama denomina como *ciudad letrada*. “En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una ciudad letrada, que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes: una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y de burocracia”<sup>4</sup>. En definitiva, estos funcionarios eran los encargados de signar el mundo y codificar las leyes que regirían en el territorio. Se trataba de una instancia que hacía patente la supremacía del poder, éste se sustentaba en la letra rígida, en el lenguaje que debía ser oficial y culto a diferencia del habla coloquial. Era una forma de establecer una distancia respecto del común de la sociedad.

De esta forma, la ciudad letrada se volvió entonces ciudad escrituraria. La ciudad escrituraria circunscribió los límites lingüísticos y sociales, en primer lugar había un anillo urbano, criollo y mestizo, mientras que en los extramuros había un anillo de lenguas indígenas y africanas. Más allá de esta ciudad letrada, sin embargo, existía la ciudad real, que sólo existe en la historia. Es por esta razón que se produce una suerte de disglotia, ya que la vida social no se condecía con la lengua que imperaba. “Este exclusivismo fijó las bases de una reverencia por la escritura que concluyó sacralizándola. La letra fue siempre acatada, aunque en realidad no se la cumpliera, tanto durante la Colonia con las reales cédulas, como durante la República respecto a los textos constitucionales. Se diría que de dos fuentes diferentes proceden los escritos y la vida social, pues los primeros no emanaban de la segunda sino que procuraban imponérsele y encuadrarla dentro de un molde no hecho a su medida”<sup>5</sup>.

Sin embargo, en nuestra época, esta ciudad letrada ha disminuido bastante su influjo. En contraposición a la ciudad letrada, se erigiría la ciudad virtual, en la cual prima el habla por sobre la palabra escrita. Nuestro universo simbólico se ve alejado de los códigos rígidos y normativos de la ciudad letrada y se vuelve hacia los códigos más

---

<sup>4</sup> . Rama, Ángel: *La ciudad letrada*. Santiago, Tamar Editores, 2004.

<sup>5</sup> Rama, Ángel. Op. Cit. p. 72.

flexibles de una cultura de masas.

La virtualización de la ciudad en Latinoamérica se vio incrementada por la apertura al proceso de globalización luego de las dictaduras militares. En la virtualidad operan las imágenes, la televisión y todos aquellos dispositivos que intentan dar cuenta de una realidad más cercana a la cultura de masas.

En la sobremodernidad, supermodernidad o posmodernidad, la ciudad se fragmenta y la virtualidad va a ser el punto de encuentro que reemplazará los espacios físicos. En un mundo acelerado, los lugares se convertirán en espacios de anonimato y los sujetos serán viajeros permanentes. Desde esta nueva perspectiva, el sujeto (pos)moderno se verá encerrado en una especie de laberinto, la virtualidad desestabiliza los lugares físicos y anula las señales de orientación. En un espacio como éste se inscribe el relato que analizaré, a partir de él se evidencia una variedad de elementos que discutiré paulatinamente.

Viajeros, consumidores, extranjeros, ciudades, laberintos, redes, son algunos de los conceptos que estarán haciendo eco en el relato y que desglosaré poco a poco, evidenciando toda la problemática que representan en nuestro mundo contemporáneo.

***“La ciudad no se visita, se compra” Walter Benjamin***

*“Vivimos en un mundo que no hemos aprendido a mirar todavía” Marc Augé*

***“¿Qué podría significar una espera de la muerte, sino la espera de un acontecimiento indeterminado que reducirá toda esperanza a lo absurdo, incluida la de la muerte? La espera de la muerte se destruiría a sí misma, pues sería negación de toda espera”***

***Jean-Paul Sartre***



## II. Análisis

Para comenzar mi análisis, primero me referiré al contexto en el cual se inscribe el relato. El libro *Una pasión prohibida*, presenta varios relatos que tienen que ver con el habitar del hombre en la sociedad contemporánea. Es posible encontrar una amplia gama de reflexiones sobre el decaimiento de la fe, el derrumbe de los lazos sentimentales y la experiencia del ser humano convertido en extranjero.

En la escritura de Cristina Peri Rossi hay una constante mención a las ciudades como espacio en donde se ejercen las interacciones sociales y una especial atención a las personas en tanto extranjeros –es preciso señalar que la autora fue exiliada de Uruguay en 1972, lo cual obviamente ha influido en su reflexión sobre los extranjeros–. En una de sus novelas, *La nave de los locos*, se hace una mención muy clarificadora sobre la palabra extranjero, la cual transcribiré a continuación para arrojar luces sobre el análisis del relato: “Extranjero. Ex. Extrañamiento. Fuera de las entrañas de la tierra. Desentrañado: vuelto a parir. No angustiarás al extranjero. Pues. Vosotros. Vosotros. Vosotros. Los que no lo sois. Sabéis. Vosotros sabéis. Nosotros empezamos a saber. Cómo se halla. Cómo. El alma del extranjero. Del extraño. Del introducido. Del intruso. Del huido. Del vagabundo. Del errante. ¿Alguien lo sabía? ¿Alguien, acaso, sabía cómo se encontraba el alma del extranjero? ¿El alma del extranjero estaba dolorida? ¿Estaba resentida? ¿Tenía alma el extranjero?”<sup>6</sup>.

El extranjero aparece aquí como ese ser descolocado, un sujeto desarraigado que

---

<sup>6</sup> Peri Rossi, Cristina: *La nave de los locos*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1984. p. 10.

está introducido en un lugar que no le corresponde, en un lugar en que es extraño y, por lo tanto, los vosotros, es decir, lo demás, no pueden saber cómo se encuentra porque no lo conocen. Esta sensación va a estar muy presente dentro del relato y llevará a la angustia del protagonista.

El protagonista de *Una pasión inútil* es, primero que todo, una persona innominada (aquí es posible hacer otra analogía con *La nave de los locos*, en donde el protagonista se llama “X”, es decir, un incógnito). Dentro del relato jamás se revela su nombre, lo cual está haciendo referencia a la situación de anonimato en que se encuentran los sujetos en la actualidad. La persona con la cual debe encontrarse, es identificada sólo con una letra, se trata del señor G. Hay, por lo tanto, un protagonista innominado, que narra el relato en primera persona, y un hombre con el cual debe encontrarse: el señor G. El protagonista viaja desde su ciudad hasta la del señor G., ambas están muy distanciadas y no conoce ni sus calles ni la lengua que hablan sus habitantes.

En el relato, eso sí, son señaladas algunas coordenadas que, aunque no muy decidoras, sirven para comprender mejor el texto. El señor G. es el gerente de una editorial, él le había escrito al protagonista para publicarle un libro de poemas que había escrito hacía unos años. Por lo tanto, se trata de un viaje de negocios, es decir, está dentro de las directrices relacionales que se acuñaron en la modernidad: el intercambio comercial. Para Georg Simmel “la interdependencia es la base de la sociedad y, como el intercambio es el espécimen sociológico más puro, la forma más completa de interdependencia, el intercambio es una forma de socialización”<sup>7</sup>. La relación entre ambos, por lo tanto, es meramente comercial y no se conocen ni física ni psicológicamente.

Al llegar a la ciudad de G., el protagonista se siente extraviado y demuestra tener un problema con los mapas: “Nunca he sido ducho con los planos y los mapas; en realidad, constituyen para mí inquietantes jeroglíficos imposibles de descifrar: piedras donde se ha escrito una leyenda sólo para iniciados. En la cuadrícula de los planos, llenos de una imbricada red de líneas rojas, azules y amarillas, de puntos negros y números verdes me pierdo, insecto minúsculo en el bosque abigarrado”<sup>8</sup>. Esta visión del mapa de la ciudad como un jeroglífico instala la concepción laberíntica que comenzaron a tener las ciudades modernas. Con el crecimiento demográfico las ciudades se van ampliando y, con ello, las calles, las vías principales, los centros comerciales, los barrios marginales, también se expanden. Esta situación hace necesaria la confección de un mapa que aclare la superficie de la ciudad, pero muchas veces esto se traduce en un resultado inverso, la ciudad se desdibuja y se torna laberíntica. Más adelante, retomaré el tema del laberinto para ampliar su preponderancia en el relato.

El protagonista se encuentra en el aeropuerto, ha arribado a la ciudad y ya se siente extraño ante lo que le rodea: “Cuando descendí del avión, sentí una especie de hipnosis. Me encontraba en un enorme aeropuerto de varias plantas que, en realidad, era una

---

<sup>7</sup> Frisby, David. *Fragments de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid, Editorial Visor, 1992. p. 137.

<sup>8</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 145.

---

ciudad en miniatura. Altos indicadores señalaban la dirección a seguir, como en un cruce de avenidas. Rótulos encendidos guiaban al viajero, estrellas que conducían al argonauta a través del piélago”<sup>9</sup>.

A partir de este extracto es posible hacer mención a varias cosas. Lo primero tiene que ver con el espacio del aeropuerto, éste es visto por Marc Augé como un no-lugar, un espacio en el que los sujetos modernos son todos anónimos y cuyo único rasgo que comparten es la falta de identidad. “Los no lugares son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes (vías rápidas, empalmes de rutas, aeropuertos) como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, o también los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta”<sup>10</sup>. Es decir, serían aquellos espacios en donde se evidencia más patentemente el tránsito, el “estar de paso”, sin tener una fijación terrenal ni identitaria. En el relato va a haber muchas menciones a estos no-lugares y es justamente en ellos en donde ocurren los acontecimientos.

En la parte final del extracto anterior se comparan los rótulos que guían al viajero con las “estrellas que conducían al argonauta a través del piélago”. Hay una constante mención a hechos o elementos del pasado en este relato, el narrador realiza una visión comparativa de aquellas cosas que ve en esta ciudad con componentes de otras épocas. Esto da cabida a la reflexión que se llevó a cabo en el Seminario de Grado con respecto a la ruina de todo pasado que exhibe la posmodernidad. “El posmodernismo no es, ante sus propios ojos, un «período histórico» sino la ruina de todo pensamiento periodizante (...) no está entregando otra narración de la historia, sólo negando que la historia está armada con algún sentido narrativo. La objeción, en otras palabras, no pasa por encorsetar la historia de esta o aquella manera, sino por encorsetarla por completo”<sup>11</sup>. Es por esto que la realidad se fragmenta y cada elemento puede leerse relacionándolo con otro de un ámbito o contexto histórico distinto.

Pero es posible ahondar mucho más en esta comparación entre actuales viajeros y antiguos argonautas<sup>12</sup>. Un crítico español, Manuel Vázquez Montalbán realiza un recorrido sobre la forma en que la literatura llegó a centrarse en la ciudad. Específicamente habla de la literatura de aventuras y realiza el siguiente análisis: “La literatura de aventuras nació como una crónica de lo ignorado en un universo limitado, en que las distancias se salvaban a pie, a caballo o en velero y en el que la ciencia aún era impotente para responder los enigmas fundamentales de los hombres. La literatura de aventuras está ligada casi siempre a la exploración de lo desconocido, porque sólo ir

<sup>9</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 145.

<sup>10</sup> Augé, Marc: Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Barcelona, Editorial Gedisa, 2002. p. 41.

<sup>11</sup> Eagleton, Terry: Las ilusiones del postmodernismo. Bs. Aires, Editorial Paidós, 1998. p. 86. <sup>12</sup> Cabe recordar que los argonautas eran cada uno de los héroes griegos que, según la mitología, fueron a Colcos en la nave Argos a la conquista del vellocino de oro.

<sup>12</sup>

hacia lo que no se conoce es aventurado. En el siglo XIX, el gran siglo literario en el que cuaja la hegemonía de la novela y la formación de una sociedad lectora estable, la imaginación literaria va tras las botas de la expansión imperialista y tras las huellas de geógrafos y naturalistas. Aventura equivale entonces a geografía. Ocupar el mundo significa codificarlo (...) sin embargo, era lógico que se agotara el filón terráqueo para la tentación literaria y que las nuevas condiciones de vida crearan nuevos escenarios para el misterio y su desvelamiento. La imaginación abandonó el campo, su naturaleza libre, y se metió en las ciudades, aquellas extrañas geografías sintéticas creadas por el comercio y la industria para hacer más productiva la relación interhumana”<sup>13</sup>. Existiría, por lo tanto, un desplazamiento de lo aventurado –aventura, según la etimología es “ir hacia al evento”–, en el relato el protagonista va hacia lo desconocido, se encuentra en un lugar que no conoce, en una ciudad en la que nunca antes ha estado y más aún, del hombre con el cual debe encontrarse no tiene más referencias que dos cartas que éste le ha escrito. El viajero posmoderno está en un constante movimiento, sin referentes fijos y lo único que lo hace relacionarse con los demás es el intercambio comercial, todo se reduce a transacciones, flujos e interacciones basadas en la producción y el consumo. Por esta razón, la ciudad, la metrópoli, va a ser el escenario en que se van a dar las nuevas formas de relaciones y todas las vías por las que se moviliza el viajero serán esos no-lugares que definen a este nuevo sujeto.

Dentro del aeropuerto, el protagonista va a encontrar más elementos que caracterizan a la actual sociedad inmersa en el proceso de la globalización: “En medio de la vasta superficie encerada del aeropuerto, tuve un momento de indecisión, con mi pequeña maleta, de extrañamiento. A mi derecha, había un gran supermercado, donde los pasajeros de vuelos internacionales podían comprar, más baratas, botellas de whisky, de cognac, licores y cigarrillos. A mi izquierda, una librería con anaqueles corredizos llenos de libros en inglés, novelas policiales, eróticas y revistas de economía, de deporte, de cine y de crucigramas. En la entrada había un puesto de postales al que me acerqué, de manera casi automática. Mi horror a las ciudades desconocidas es casi igual a mi gusto por las tarjetas brillantes, satinadas, donde se puede observar un jardín lleno de tulipanes amarillos, una fuente con aéreos pegasos y dioses barbudos, el mono blanco –atracción principal del zoo–, las iglesias antiguas iluminadas artificialmente, la rueda gigante en el parque de diversiones. Con un par de tarjetas de esas en el bolsillo, me siento más seguro, como si la ciudad estuviera hecha a escala del hombre y fuera verdaderamente accesible”<sup>14</sup>. La mención al supermercado es muy importante, puesto que estos establecimientos proliferaron con la hegemonía del capitalismo y actualmente se alinean en cadenas nacionales e internacionales. El hecho de entrar a un supermercado es una de las actividades más comunes en nuestra sociedad actual y es, a la vez, el enfrentamiento más patente con el capitalismo que pregona una vida consumista. El supermercado, además, trajo consigo una nueva forma de relación entre las personas. Sabemos que desde siempre hemos tenido que abastecernos, pero antes

---

<sup>13</sup> Vázquez Montalbán, Manuel: *La ciudad postmoderna*. En: *La literatura en la construcción de la ciudad democrática*. Barcelona, Crítica, 1998. pp. 117-118.

<sup>14</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. pp. 145-146.

las relaciones de intercambio comercial eran distintas; el supermercado establece un cambio que también es cultural, al igual que en las calles de la ciudad y el aeropuerto, quien visita un supermercado es guiado por rótulos y precios y no necesita intercambiar palabras con un vendedor.

El supermercado es un lugar de paso, es decir, también es un no-lugar, “es lo que vive el comprador en el supermercado o el pasajero en el aeropuerto, donde el texto informativo o publicitario lo va guiando de una punta a la otra sin necesidad de intercambiar una palabra durante horas. Comparando las prácticas de comunicación en los supermercados con las de las plazas populares de mercado se evidencia una sustitución de la interacción comunicativa por la textualidad informativa, vender o comprar en la plaza de mercado es enredarse en una relación que exige hablar. Donde mientras el hombre vende, la mujer a su lado amamanta al hijo, y si el comprador le deja, le contará lo malo que fue el último parto. Es una comunicación que arranca de la expresividad del espacio a través de la cual el vendedor nos habla de su vida, y llega hasta el regateo, es posibilidad y exigencia de diálogo. En contraste, usted puede hacer todas sus compras en el supermercado sin hablar con nadie, sin ser interpelado por nadie, sin salir del narcisismo especular que los lleva de unos objetos a otros, de unas «marcas» a otras. En el supermercado sólo hay información que le transmite el empaque o la publicidad”<sup>15</sup>.

También es importante la mención que se hace sobre las postales, éstas son reproducciones de los atractivos o de los espacios claves de la ciudad. El hecho de que el protagonista se sienta más seguro con una de esas postales en los bolsillos, y eso le haga sentir “como si la ciudad estuviera hecha a escala del hombre y fuera verdaderamente accesible” está evidenciando otro de los trastornos de la globalización: la agorafobia. La creciente expansión de las ciudades trae consigo un miedo a estos espacios abiertos, a esas grandes ciudades que abarcan territorios cada vez más vastos y que insegurizan a quienes las habitan. Por esto, al tener reproducciones de la ciudad en un tamaño accesible, el protagonista del relato se siente más tranquilo: todo está controlado puesto que él es más grande. Pero esas son sólo reproducciones y la realidad es que la ciudad es mucho más extensa que él, viajero extranjero perdido entre un número mayor de personas desconocidas.

El protagonista continúa describiendo el interior del aeropuerto, siempre con una mirada crítica y realizando comparaciones que hacen pensar sobre la condición de los seres humanos y de los objetos en ese sitio. Dentro del aeropuerto había “un largísimo pasillo mecánico que trasladaba a objetos inmóviles como una colección de maniqués (...) pensé en un gran acuario verde y transparente, con los peces suspendidos, inmóviles, nadando en un paisaje de piedras y de algas que nunca se modifica (...) los aviones, como grandes abejas, reposaban en las pistas, cargaban combustible”<sup>16</sup>. La comparación de los hombres con maniqués descansa en esa visión seriada de los seres

<sup>15</sup> Martín-Barbero, Jesús: *Oficio de Cartógrafo*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2002. p. 292. <sup>16</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. pp. 145-146.

humanos dentro de un medio globalizado que funciona sobre las leyes del mercado. Los peces representarían también a esas personas que habitan un mundo en el cual están encerrados y las grandes abejas muestran la imagen temible de esos gigantes aviones que transportan viajeros de un lado a otro del mundo. Estas comparaciones no dejan de tener un matiz existencial y transmiten muy ilustrativamente el sentimiento de un sujeto que reflexiona y se angustia ante el mundo que lo rodea.

Al salir del aeropuerto y al verse trastornado por estos elementos que lo indiferencian entre la multitud, el protagonista busca un refugio. Si hay algo que se ha expandido y tecnologizado en los últimos tiempos son los medios de comunicación. Dentro de éstos, el teléfono fue un invento que transformó a la era moderna y que aminoró las distancias entre las personas. Es justamente este aparato al cual acudirá el protagonista para poder comunicarse con su mujer: “Tuve ganas de llamar a mi mujer. Pequeñas cabinas telefónicas, de plástico, todas iguales, como los secadores eléctricos de las peluquerías, se alineaban frente a mí. Con la cabeza sumergida en su interior, viajeros anónimos conversaban empeñosamente, a través de hilos que de manera imperceptible cruzaban el océano. Pero me contuve: mi mujer estaba en otro continente, a otra hora, en otra estación del año, y ambas realidades, aunque simultáneas, no podían ser percibidas al unísono; la eficacia de cualquier acto depende del convencimiento absurdo de que existe una sola realidad”<sup>17</sup>. Aquí es posible observar una gran problemática que va a ser central en el desarrollo del relato: la forma en que las realidades se fragmentan en la posmodernidad.

Con la modernidad, el tiempo comenzó a tener un valor preponderante, el avance de la tecnología trajo consigo una sobrevalorización del tiempo en términos productivos. Ya en la posmodernidad y con el advenimiento de la globalización –y la consecuente aceleración de los medios de comunicación- el tiempo y las diferencias temporales en los distintos lugares del mundo comenzaron a estrecharse, dando paso a una suerte de confusión en cuanto a las distintas realidades temporales que podían percibirse en diversos puntos del mundo. Esto ocurre en el aparentemente simple hecho de llamar por teléfono a una persona que se encuentra en el otro hemisferio del planeta, esa persona tiene otra realidad en su entorno, distinta a la nuestra, es por esto que el protagonista opta por no llamar a su mujer puesto que “la eficacia de cualquier acto depende del convencimiento absurdo de que existe una sola realidad”.

Al llegar al hotel, el protagonista se entera de que el hombre al que debía ver había fallecido hacía algunas horas, en el instante en que él viajaba para verlo, de un súbito ataque al corazón. Esta noticia se la entregan, justamente, por teléfono. “La noticia me desconcertó. Mis dificultades con la lengua nueva me hicieron dudar de la información; creí haber comprendido mal, e insistí, repitiendo el nombre de mi anfitrión. –Muerto –confirmó la voz desconocida por teléfono. –¿Muerto? –repetí, antes de colgar, de modo casi automático”<sup>18</sup>. Este hecho lo deja muy contrariado y es el momento en que se configura la acción central del relato. Todo comienza con una reflexión sobre el efecto

---

<sup>17</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 147.

<sup>18</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 147.

---

que produce el viaje en nuestro alrededor: “Cuando viajo, tengo la sensación de que el acto de desplazarme en el tiempo y en el espacio rompe una misteriosa geometría de hechos cuidadosamente engarzados y que esa ruptura tendrá desconocidas e imprevisibles consecuencias, que se reproducirán y multiplicarán, transformando de ese modo el orden del universo (...) Me quedé en el living del hotel, desconcertado. Mi cabeza, como separada del resto del cuerpo, hacía incesantes esfuerzos para reconstruir el pasado, para hacer coincidir la cifra de mi vida con la del señor G., en dos ciudades distintas, separadas por miles de kilómetros, en una de las cuales era otoño lleno de niebla, y en la otra, primavera de almendros blancos. En efecto, yo había viajado diez horas en avión, a pesar de lo cual, llegué a la ciudad de G. sólo cuatro horas después de mi partida. Había pues, seis horas de diferencia, y en esas seis horas que yo debía vivir dos veces, G. había muerto en su ciudad, pero no para mí, que contaba con seis horas de ventaja sobre él. Si G. había muerto –tal como me informaron– cinco horas antes de mi llegada, todavía me quedaba una hora para encontrarlo, para intentar lo imposible: hallar a G. En algún lugar de su ciudad me estaría esperando, ansioso por cumplir nuestra cita, por hacer coincidir nuestros tiempos y luego despedirse en el plazo que le permitiera morir también para mí”<sup>19</sup>.

Es necesario analizar detalladamente la conclusión a la que llega el protagonista luego de enterarse de la muerte del señor G. Si uno aplica esto fehacientemente a la realidad es un hecho que sería imposible. Desde este punto de vista es posible catalogar a este relato dentro de la literatura fantástica, sin embargo creo que es mucho más certero abordar este tema desde otra óptica. El hecho de querer encontrar vivo a un hombre que ya murió es lógicamente imposible, no obstante tomaré esta tentativa como una exacerbación de la forma en que las realidades temporales se contraponen en la posmodernidad. Es decir, esa búsqueda estaría en concordancia con la sentencia que líneas atrás hacía el protagonista: “la eficacia de cualquier acto depende del convencimiento absurdo de que existe una sola realidad”, y si existe una sola realidad, la de este hombre que viaja desde una ciudad lejana para encontrarse con otra persona, aquellas horas que ya vivió en el avión sí podría vivirlas de nuevo en la ciudad de G.

Optaré, entonces, por tomar este último camino para mi análisis, y lo consideraré como uno de los trastornos que se fundan en la modernidad: la difuminación de los límites espacio temporales.

El protagonista entiende entonces que sólo tiene una hora para encontrar vivo al señor G. Las horas de diferencia que posee con respecto a las demás personas de esa ciudad lo convierten en un anciano, en un hombre que tiene la rara posibilidad de vivir dos veces un lapso de su vida y que, además, conoce anticipadamente algunos sucesos que ocurrirán en las horas siguientes. La tarea es clara, encontrar vivo al señor G. para llevar a cabo el encuentro por el cual había viajado. Pero es en ese momento cuando se da cuenta de que no posee referentes físicos del señor G., ni siquiera sabe dónde vive, qué lugares frecuenta, etc. “¿Cómo encontrar a alguien que pese a estar a punto de morir es un desconocido para nosotros, alguien de quien ignoramos el rostro, la edad, los sitios que frecuenta, las costumbres, los pequeños hábitos y manías? ¿Cómo encontrarlo en

---

<sup>19</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. pp. 147-148.

una ciudad cuyos parques, puentes, avenidas y plazas desconocemos?”<sup>20</sup>. Esto deja de manifiesto la forma en que los sujetos se relacionan a partir de la modernidad, los nexos entre las personas son meramente comerciales, los cuales priman por sobre los rasgos de identidad. Según David Frisby, “(...) la forma indiferenciada como las relaciones sociales se engranan y convergen en la metrópolis sugiere una imagen que también es aplicable a la idea de sociedad de Simmel, es decir, el laberinto”<sup>21</sup>. El laberinto estaría constituido tanto por la sociedad moderna como también por el sentido de la búsqueda. “La temática del laberinto está unida a otra situación profundamente humana y por lo tanto literaria, es el motivo de la búsqueda, todo laberinto implica una búsqueda y es más, el alto grado de la búsqueda determina la complejidad del laberinto. Esta relación del laberinto y la búsqueda lo convierte, sin lugar a dudas, en un elemento motriz de la literatura de todas las épocas por cuanto la búsqueda es esencial en el hombre y en la literatura está desde las más antiguas manifestaciones literarias, desde la búsqueda del objeto maravilloso, la de la fuente de la eterna juventud, la de la piel del vellocino de oro, pasando por la búsqueda del santo grial hasta llegar a la búsqueda de la felicidad o de la superación de problemáticas existenciales”<sup>22</sup>.

El protagonista había viajado con una finalidad clara, pero muerto el señor G. su función, dentro de esa ciudad desconocida, es nula; por esto debe apresurarse si quiere encontrar con vida a G. Al salir en su búsqueda se va a encontrar con la muestra más clara de desarraigo. El extranjero, tal como señalaba Cristina Peri Rossi en *La nave de los locos*, se convierte en un sujeto errante ante un mundo que desconoce: “Salí a la calle. Viajero anónimo, flotaba entre altos edificios de hierro y de cristal, cuya belleza, si la tenían, me era ajena; vías de tránsito complicadas, cuyo destino ignoraba; palabras y frases que exigían toda mi atención, si quería adivinar lo que decían; trabajos y rutinas emprendidos cuando yo todavía no estaba allí y que continuarían cuando me fuera, pasión inútil del viajero”<sup>23</sup>. El viajero sólo puede ver fragmentos, piezas de una ciudad que no le es familiar, por eso las construcciones, los letreros, las calles van a tomar una estructura laberíntica que debe descifrar y que provoca en él la angustia de errar de un lado a otro.

Es el momento de hacer alusión a una frase que culmina la última cita y que le da el título al relato: “una pasión inútil”. El libro en el que encontramos este relato, como decíamos al comienzo, es *Una pasión prohibida*. Este libro lleva el siguiente epígrafe de Jean-Paul Sartre: *el hombre es una pasión inútil*. Haciendo una muy somera revisión a la filosofía existencialista, se puede afirmar que este enunciado está en concordancia con esa visión fatalista de la existencia; los hombres somos libres, tenemos la libertad de tomar decisiones, pero estas decisiones requieren un compromiso, en cierta manera

<sup>20</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 149.

<sup>21</sup> Frisby, David. Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamín. Madrid, Editorial Visor, 1992. <sup>22</sup> Sarrocchi, Augusto: *El laberinto y la literatura*. En: Revista Signos, v.31 (nº 43-44). Valparaíso, 1998. p.28.

<sup>22</sup>

<sup>23</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p.149.



---

somos libres de elegir, sin embargo hay una sola elección que tiene un solo camino: la muerte.

El hombre sería una pasión inútil en tanto es un ser para la muerte, haga lo que haga en su vida no podrá eludir su inminente final. El título toma más relevancia si se engarza con el sentimiento que embarga al hombre moderno, éste se encuentra –en palabras de Marshall Berman– ante un torbellino caracterizado por la ambigüedad y la angustia. Es un ser que está dentro de una renovación constante de la vida, presencia un crecimiento tecnológico acelerado y es víctima de un capitalismo que le deja muy poca cabida a esa libertad de elección de la que nos habla el existencialismo. Por lo tanto, el título exhibe a un sujeto cada vez más aprisionado frente a esas personas despojadas de identidad, un ser que ya no vive en libertad sino que se mueve erráticamente en un constante viaje, el hombre ha perdido referentes estables y su vida, en este contexto más que en ningún otro, se convierte en una pasión inútil, una vida en la cual sólo tiene una certeza: la muerte ineludible.

El protagonista sale a la búsqueda del señor G.; nuevamente, al sentirse desorientado, va a recurrir al teléfono: “Decidí llamar por teléfono a mi mujer; necesitaba un punto de apoyo, un referencia familiar en un mundo que me resultaba ajeno y extraño, como un niño extraviado en una enorme construcción de metal. Me dirigí a una cabina pública, marqué el número y esperé. Me pareció que la señal auditiva no era la misma, pero seguramente la distancia (esa enorme distancia que me separaba en el tiempo y en el espacio) hacía cambiar el tono. Nadie contestó, un cálculo rápido me hizo pensar que posiblemente mi mujer se encontraba fuera de casa, realizando con ingenuidad las compras del día, ignorando que G. estaba a punto de morir y que yo, extranjero en la ciudad, debía hallarlo, mientras caminaba sin rumbo fijo y miraba extrañado las tiendas cuyos nombres no conocía, las fuentes artificiales, las librerías llenas de libros en otra lengua”<sup>24</sup>. El teléfono, más que nunca se transforma en un aparato ambivalente, un arma de doble filo. Es el único modo que el protagonista posee para contactarse con su mujer, para acceder a la realidad que ella vive en otra ciudad y contarle lo que le sucede a él en la de G. Sin embargo, en lugar de lograr la tan ansiada conexión, el esperado momento de hallar un punto de apoyo, el teléfono sólo marca sin registrar ninguna respuesta, nadie contesta al otro lado de la línea y el extravío en la ciudad extraña se hace más patente, en lugar de unir a personas, el teléfono muestra su frialdad en la inconexión.

Esta necesidad de hallar referentes claros se puede conectar nuevamente con el tema del laberinto. “El laberinto urbano en la realidad contemporánea adquiere plena vigencia, las grandes ciudades son absolutamente laberínticas y el hombre se refugia en los barrios que vendrán a ser laberintos conocidos. La grandeza de la ciudad no sólo pierde al hombre sino que también le provoca la sensación de pequeñez y de angustia, y éste requiere entonces de un hilo como el de Teseo para lograr salir”<sup>25</sup>. Pero como el

---

<sup>24</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 150.

<sup>25</sup> Sarrocchi, Augusto. Op. Cit. p. 23. (El laberinto remite ineludiblemente al mito de Teseo y el Minotauro. Allí, para no perderse en el laberinto y aniquilar al Minotauro, Teseo ocupa un hilo que le entrega Ariadna y así logra salir sin problemas).

protagonista no conoce la ciudad en la que está, no puede refugiarse en barrios conocidos para escapar a la magnitud de la urbe. Por esto mismo debe fiarse del aparato telefónico que lo contactará con su mujer, “a través de hilos que de manera imperceptible cruzaban el océano” busca salir del laberinto, el hilo de Ariadna es ahora un hilo imperceptible que de forma increíble cubre distancias inimaginadas, pero la misma imperceptibilidad del hilo es una causa para desconfiar de él, pues son tantas las redes comunicacionales que pueden tramarse, que fácilmente pueden fallar. Este Teseo posmoderno ya no va en busca de un minotauro al que hay que matar, debe apresurarse por buscar a alguien que no conoce para hallarlo antes de que muera. Esto demuestra las nuevas significaciones del mundo, el laberinto lo ha construido el propio hombre y se ha encerrado dentro de él, extrañado y recluso dentro de arquitecturas que la era moderna engendró con su idea de la ciudad ideal.

Como no puede hacer otra cosa que deambular por la ciudad sin saber en qué punto de ésta se encuentra el señor G., el protagonista pregunta por indicios de él en el hotel: “En el hotel, no habían sabido darme ningún dato acerca del señor G. ni de la editorial donde trabajaba. Me apresuré a decirles que se trataba de un asunto de negocios, y entonces, solícitos, me entregaron un plano de la ciudad, donde estaban marcados los principales monumentos, los restaurantes de tres estrellas, los casinos, los lugares nocturnos y las compañías de autos de alquiler”<sup>26</sup>. En este pasaje se puede apreciar la forma en que están adecuadas las relaciones dentro de la ciudad, se trata –como decía Benjamin– de una ciudad que no se visita, sino que se compra. Al preguntar por una persona en particular en el hotel no pueden dar respuestas, porque los sujetos modernos se encuentran desidentificados. En nuestra actual sociedad de consumo no somos personas somos un número que está registrado en una base de datos y que existe en la medida de las transacciones comerciales que realicemos. Zigmunt Bauman hace una interesante reflexión de las personas en tanto entes dirigidos al consumo: “Nuestra sociedad es una sociedad de consumo. Al emplear esta expresión nos referimos a algo más que la observación trivial de que todos los miembros de la sociedad consumen; todos los seres humanos, en realidad, todos los seres vivos, «consumen» desde tiempos inmemoriales. Lo decimos en el sentido profundo y fundamental de que la sociedad de nuestros antecesores, los que sentaron sus bases en la etapa industrial, era una «sociedad de producción». Esa forma más antigua de sociedad moderna utilizaba a sus miembros principalmente como productores y soldados; la formación que les daba, la «norma» que les mostraba y les instaba a seguir, obedecían al deber de cumplir esas dos funciones. Cada uno debía ser capaz de cumplirlas, y hacerlo de buen grado. Pero en su actual etapa moderna tardía (Giddens), moderna segunda (Beck), sobremoderna (Balandier) o posmoderna, ya no necesita ejércitos industriales y militares de masas; en cambio, debe comprometer a sus miembros como consumidores. La formación que brinda la sociedad contemporánea a sus miembros está dictada, ante todo, por el deber de cumplir la función de consumidor. La norma que les presenta es la de ser capaces de cumplirla y de buen grado”<sup>27</sup>.

El ciudadano actual sólo debe cumplir su rol de consumidor, en aras de la globalización y el bombardeo masivo de la publicidad; el ciudadano camina por una urbe

---

<sup>26</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 150.

en donde todo remite a consumo. La oferta y la demanda son las directrices de una vida que se encierra entre altos edificios poblados de carteles publicitarios; el ciudadano debe ser convencido, persuadido a consumir; si no realiza esto pasa a ser un excluido, no obtiene créditos y queda marginado del sistema. Todos los dispositivos de la sociedad de consumo despersonalizan al ser humano, lo convierten en un poder comprador, por eso cuando el protagonista pronuncia la palabra negocio le entregan raudamente un plano con los principales atractivos comerciales de la ciudad, él es un extranjero, por lo tanto su única función allí es la de consumir.

En tanto extranjero en una ciudad extraña, el protagonista –cuyo nombre simbólicamente nunca aparece– se convierte en un turista, él va a una ciudad en un viaje de negocios –busca satisfacer una necesidad, la publicación de un libro de poemas por parte del señor G.– por lo tanto es un turista, el motivo de su viaje es comercial. Con respecto a los turistas, Bauman dice que “la decisión de dejar atrás el hogar con el objeto de explorar regiones extranjeras se vuelve mucho más fácil de tomar gracias a la reconfortante sensación de que uno siempre puede regresar en caso de necesitar hacerlo. Las incomodidades de las habitaciones de hotel pueden, en efecto, ponerlo a uno nostálgico; y resulta reconfortante y gratificador recordar que existe un hogar –en algún lugar–, un refugio alejado del tumulto donde uno podría cobijarse, donde uno podría estar inequívoca e incuestionablemente *chez soi* [en su propia casa]”<sup>28</sup>. Y es justamente esto último lo que acongoja a nuestro protagonista, tiene la añoranza de volver al hogar, sabe que existe su lugar, su propia casa, pero hasta ahora no hay rastros de ella, “los turistas se convierten en errantes y ponen los sueños de la añoranza del hogar por encima de las realidades hogareñas”<sup>29</sup>. La realidad hogareña es lo que se ha dejado de lado, si no puede regresar a su hogar, este turista busca por lo menos la voz consoladora de su esposa, pero al parecer la realidad hogareña choca con su realidad de turista.

Ni siquiera la voz del señor G. era conocida, sólo existían unas cartas que él le había enviado al protagonista: “Me había escrito una carta, hacía algún tiempo, en la que demostraba cierto interés por un pequeño volumen de poemas que yo había escrito. La carta, a máquina con el nombre y la dirección de la editorial, no contenía más datos. Eran unas pocas líneas, muy correctas y corteses, pero breves: quizás el señor G. tenía dificultad para escribir en una lengua que no era la suya, o se trataba de un hombre muy ocupado, que evita las menudencias. La segunda vez que me escribió, fue para concertar la fecha de mi viaje y agregó algún que otro detalle gentil, como recordarme el cambio de estaciones, en este hemisferio, y la conveniencia de reservar un cómodo y pequeño hotel, en una ciudad siempre asediada por turistas”<sup>30</sup>. El señor G. jamás utilizó su letra

<sup>27</sup> Bauman, Zygmunt: La Globalización. Consecuencias Humanas. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999. pp. 106-107.

<sup>28</sup> Bauman, Zygmunt. La postmodernidad y sus descontentos, Madrid, Editorial Akal 2001. p. 117.

<sup>28</sup>

<sup>29</sup> Bauman, Zygmunt. Op. Cit. p. 118. <sup>30</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. pp. 150-151.

<sup>30</sup>

manuscrita, empleó otro dispositivo moderno: la máquina de escribir. Frente a la aceleración de los procesos, el hombre moderno se encontraba en un estadio ambiguo entre lo antiguo y lo nuevo, la fiebre por la novedad acarrea consigo una masificación de los artículos tecnológicos, pero todos estos dejan de lado los rasgos de personalidad. Actualmente existen los correos electrónicos que llegan en un segundo a su destinatario, puede haber una gran variedad de tipos de letras para escribirlos, se pueden adjuntar fotografías que serían el reflejo más directo de la realidad, pero aún así, no estamos frente personas, nos enfrentamos a imágenes, a códigos que atraviesan redes y flujos virtuales. El relato presenta reiteradamente estos elementos desde el extrañamiento, desde la arista que no estamos acostumbrados a ver producto del ritmo vertiginoso de nuestras vidas. Sin mayores marcas que un papel mecanografiado y gentilezas fundadas en la cortesía, el protagonista no puede inferir nada del remitente de esas cartas.

Continuaba vagando entonces, volviendo a vivir un lapso de tiempo que no era el suyo en una ciudad que no le pertenecía. Ahora se encontraba en un punto del día que no deja de ser significativo: “Era esa hora inestable en que la noche aún no ha comenzado, pero el día ya terminó, la imprecisión de los colores vuelve irreales los contornos de las cosas y las figuras, y el ánimo se sumerge en el horror al vacío. Como si todo el mundo experimentara en ese momento el mismo horror al vacío, vi que los transeúntes se dirigían apresuradamente a la boca de los metros, a la parada de los autobuses, sin mirar a los costados, temerosos quizás de lo que quedaba atrás o de lo que se avecinaba si no huían en seguida”<sup>31</sup>. Esta es una imagen que se repite en las ciudades contemporáneas, las personas pasan su día fuera de casa, encerrados en sus trabajos y, al llegar esa hora inestable del atardecer en que recién comienza la noche, todas las personas en masa vuelven de sus trabajos, es la hora punta en los medios de transporte público, los metros se abarrotan de gente y los microbuses avanzan atiborrados de sujetos cansados. Como es el momento en que la oscuridad comienza a poblar la ciudad, el miedo es lo que aflora en las personas, en la oscuridad pueden agazaparse los asaltantes, los delincuentes y nadie quiere estar expuesto a ser víctima de algún robo. La ciudad se inseguriza y se vuelve peligrosa.

En la Edad Media, la gente se refugiaba dentro de los muros de la ciudad para resguardarse de los asaltos, la ciudad entera se convertía en un espacio que podía cobijar a las personas y éstas podían confiar en quienes se encontraban dentro de sus muros. Pero en la ciudad contemporánea el miedo, la desconfianza se centra en los demás, en los que comparten junto a nosotros el territorio de la ciudad. “Los miedos contemporáneos, típicamente «urbanos», a diferencia de aquellos que antaño condujeron a la construcción de las ciudades, se concentran en el «enemigo interior». Quien sufre este miedo se preocupa menos por la integridad y la fortaleza de la ciudad *en su totalidad* –como propiedad y garantía colectivas de la seguridad individual– que por el aislamiento y fortificación del propio hogar *dentro* de aquélla. Los muros que antes rodeaban a la ciudad ahora la cruzan y se entrecruzan en varias direcciones. Vecindarios cercados, espacios públicos rigurosamente vigilados y de acceso selectivo, guardias armados en los portones y puertas electrónicas; todos ellos son recursos empleados contra el conciudadano indeseado más que contra los ejércitos extranjeros, los salteadores de

---

<sup>31</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 151.

---

caminos, los merodeadores y otros peligros desconocidos que aguardaban más allá de los portales”<sup>32</sup>.

Las ambigüedades que funda la modernidad aún se pueden vislumbrar en las actuales sociedades de consumo. La gente que viaja en los metros o microbuses puede no mirar al lado y no intercambiar palabra con su compañero de asiento debido a que se siente inseguro y desconfía de los demás. Pero puede también darse el caso contrario. El sociólogo alemán Georg Simmel se centró en la vida interior de los seres humanos, en la psicología de la modernidad, y señalaba que pese a estas desconfianzas podía también darse el efecto inverso: “Entre las personas que coinciden en un viaje surgen con frecuencia una intimidad y una franqueza para las que no existe razón intrínsecamente alguna. Me parece que en ello intervienen tres factores: el alejamiento de nuestro medio habitual, la comunidad de impresiones y encuentros momentáneos y la conciencia de la posterior y definitiva separación de los rumbos de cada cual (...) En la relación entablada en un viaje, bajo la seducción de no tener obligaciones y encontrarnos ante una persona de la que pronto nos separaremos para siempre y que es, en realidad, anónima, se producen con frecuencia confianzas extraordinarias, una condescendencia ilimitada, en comparación con el control del impulso a expresarnos que hemos aprendido a la luz de la experiencia de sus consecuencias en nuestras relaciones habituales y duraderas”<sup>33</sup>. No hay duda de que este tipo de interrelación puede darse, sin embargo, en nuestra actual sociedad de consumo el miedo y la desconfianza –intensificados aún más por la prensa televisiva– hace que la gente se torne más temerosa y tienda a refugiarse y a ensimismarse cada vez más. Las casas y los conjuntos habitacionales se enrejan para resguardarse de los peligros que trae consigo la oscuridad. Por eso, en esa hora inestable del atardecer, los bordes de las cosas se difuminan y como ya no se puede ver con claridad, el temor se cierne en la gente que huye en masa hacia sus casas.

También es posible tomar esta hora como una representación de la indeterminación y la ambigüedad temporal que puebla todo el relato. La ambigüedad es una constante que parte en la modernidad y que genera confusión en las personas. El día ha terminado y la noche aún no comienza, es algo que se vive todos los días, no es un fenómeno aislado, pero esta hora instala una reflexión sobre todas aquellas cosas que ocurren en la realidad pero que tienen un matiz de irrealidad<sup>34</sup>. Del mismo modo, reafirma mi decisión, en este informe, de tomar los hechos del relato como una exacerbación de lo que podría ocurrir en un mundo que cada vez se automatiza más.

Luego de ver cómo la gente huía hacia sus hogares, el protagonista se da cuenta de

<sup>32</sup> Bauman, Zygmunt. Op. Cit. p. 65.

<sup>33</sup> Citado en: Frisby, David. Op. Cit. p.149.

<sup>34</sup> Haciendo una analogía un tanto subjetiva, hay una obra del pintor surrealista belga René Magritte en donde se plasma con maestría ese momento del día, se llama *El imperio de las luces*. En ese cuadro se puede ver una casa que tiene las luces encendidas y en cuyo alrededor es de noche, mientras que en el fondo se aprecia un cielo de día con alguna nube. El contraste entre ambas horas del día es magistral y es una de las obras más alabadas del pintor, justamente por la maestría de captar ese instante con la fuerza y contraposición de sus colores.

que le queda poco tiempo para encontrar a G. y recuerda que tenía la dirección de la editorial de la que éste era gerente. Sabía que era la hora en que los trabajos del día se acababan y los locales comerciales cierran, pero decide jugarse esa última oportunidad por si encontraba a alguien en la editorial, así que toma un taxi y continúa su búsqueda: “Di al chofer la dirección de la editorial y lo dejé conducirme sin resistencia, aliviado por la sensación de poder entregarme a alguien. El taxímetro me dejó frente a un gran edificio de vidrio y de metal, de construcción muy moderna y color lacre. Las puertas y ventanas, de forma raramente geométricas, estaban cerradas y recubiertas por láminas de hierro, como la gigantesca armadura de un caballero medieval. Seguramente se trataba de un barrio residencial, porque no vi a nadie por la calle. Todo el mundo había huido ya del atardecer, y debían estar refugiados en las casas, o en el interior de los bares. No encontré ningún cartel que indicara que en ese enorme edificio, protegido como un guerrero, existiera una editorial, pero no conocía las costumbres de esa ciudad, y podía estar colocado en otra parte, o detrás de la cortina de metal”<sup>35</sup>. Ese edificio, fortificado y armado como un caballero medieval, nuevamente remite a lo planteado por Bauman. Si en la Edad Media la ciudad entera se encontraba cerrada por un muro, en la ciudad moderna estos muros disecionan la ciudad, dando forma a un sinnúmero de pequeñas ciudades, las casas de los individuos. Esto demuestra cómo el miedo hace que los sujetos se replieguen y prefieran estar encerrados pero seguros. El miedo está puesto en el otro, en el prójimo, en aquellas personas que están más cerca de nosotros, y esa ambigua situación de confianza que pueda darse en un viaje, pasa a ser un hecho totalmente circunstancial puesto que sabemos que luego se le perderá el rastro a ese prójimo.

Ni siquiera los letreros de las calles podían decirle mucho al preocupado buscador, en ellas ya casi no quedaban personas y era difícil interactuar con alguien debido a la lengua extranjera. “Busqué al señor G. en los alrededores. Tenía la insensata esperanza de que esperara allí, consciente de la urgencia de nuestro encuentro y de mi dificultad para hallarlo de otra manera. Pero la calle estaba vacía, y los alrededores también. Nadie había entre los árboles, ni en el interior de los autos estacionados, de los cuales los conductores huían velozmente, luego de echar la llave, como temerosos de permanecer en la oscuridad que se avecinaba. Uno de los escasos transeúntes que circulaban se acercó, agitado, y balbuceó algunas palabras que no llegué a entender. Le ofrecí fuego, un cigarrillo, pero no pareció necesitar ninguna de las dos cosas y se retiró velozmente, dejándome solo”<sup>36</sup>. Ante la presencia de un extraño, la gente prefiere tener cuidado, “no solidarizarse con el otro sino evitarlo, separarse de él: tal es la gran estrategia de supervivencia en la metrópolis moderna. Tampoco es cuestión de amar u odiar al prójimo, sino de mantenerlo a distancia: así se anula el dilema y se vuelve innecesario elegir entre el amor y el odio”<sup>37</sup>. Con calles que no dicen nada y gente que huye de ellas la ciudad se transforma en un laberinto del cual se hace imposible escapar.

---

<sup>35</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 152.

<sup>36</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 153.

<sup>37</sup> Bauman, Zigmunt. Op. Cit. p. 66.

Nuevamente el protagonista buscará conectarse con el hilo de Ariadna, intenta llamar a su mujer pero esta vez el teléfono sonaba ocupado, espera con la esperanza de que la comunicación fuese breve, pero nada. Disca una vez más y el teléfono continuaba ocupado.

Extenuado y desorientado, finalmente el buscador decide volver al hotel, tiene la esperanza de que G. también lo esté buscando y que se haya dirigido al hotel en que se hospedaba, así que toma un taxi de regreso. Sin embargo G. no estaba en el hotel, no había ningún mensaje para él y su mujer tampoco había intentado contactarlo. “Faltaban pocos minutos para que el plazo de una hora concluyera y me sentía completamente desanimado. Volví a llamar a la editorial, por si algún empleado rezagado podía suministrarme alguna información, pero la voz metálica del contestador automático me comunicó que la editorial estaba cerrada hasta el lunes. Era viernes a la noche. De pronto me di cuenta de que si G. moría sin haberlo encontrado, yo estaría completamente solo en la ciudad, nadie, absolutamente nadie podría atestiguar mi presencia en ella, puesto que nadie me conocía: yo sería el único testigo de mi viaje, y éste, podría no haberse realizado nunca”<sup>38</sup>. El teléfono sigue siendo un aparato inútil, esa voz metálica de un contestador automático es fría y autoritaria, es una grabación y el interlocutor, o mejor dicho el oyente, no tiene derecho a preguntar, responder ni reclamar nada. ¿Cómo podemos existir en un lugar que nadie pueda atestiguar nuestra existencia? Según Marc Augé, “toda representación del individuo es necesariamente una representación del vínculo social que le es consustancial”<sup>39</sup>, pero qué clase de vínculo social posee este sujeto inmerso en una ciudad ajena. En la modernidad somos sujetos sin rostro, en la sociedad de consumo sólo interesa nuestro poder adquisitivo, ¿qué tipo de vida ha resultado del avance del pensamiento y la tecnología? Pasión inútil del viajero, la espera de la muerte se transforma en algo absurdo como decía Sartre, la vida del extranjero se disuelve en la ciudad desconocida y su residencia son los no-lugares, los espacios en donde se patentiza el anonimato.

Ya sin esperanzas, el protagonista decide esperar en el hotel, en donde ocurrirá lo inesperado, el momento es altamente tenso y dramático, así que lo transcribiré completamente: “Decidí esperar sentado en uno de los sofás del hotel. Intenté ojear un periódico, pero estaba cansado, y las letras, combinadas en diferente manera que en mi lengua original, no me proporcionaban mucha información. Encendí un cigarrillo, pero tuve miedo de morirme, y lo apagué. Cualquier movimiento que hacía, por pequeño que fuera, descubría el reloj que estaba en mi muñeca, y las agujas, implacables, se acercaban al exacto momento en que G. iba a morir, también para mí. Definitivamente muerto. Faltaban escasos cinco minutos, cuando la puerta giratoria se deslizó sobre su eje, y un hombre alto, impecablemente vestido de gris apareció, dirigiéndose hacia la recepción. Era rubio y los ojos azules me parecieron extraordinariamente brillantes. No parecía tener más de cuarenta y cinco años. Con el corazón violentamente agitado me puse de pie y me dirigí velozmente, yo también, a su encuentro. Estiré hacia él una mano sudorosa: hacía muchas horas que no comía ni dormía, la expectativa había gastado mis

<sup>38</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 154.

<sup>39</sup> Augé, Marc. Op. Cit. p. 26.

nervios y necesitaba, entre otras cosas, un buen baño. Pero pensé que ninguna de estas cosas tenía importancia, si G. todavía estaba vivo y podía estrechar mi mano.

El hombre, algo embarazado por mi actitud, me saludó con cortesía y de inmediato, al advertir mi acento, se presentó, hablándome en su lengua. No era G., ni lo conocía, ni nunca había oído hablar de él. Era un cliente del hotel, como yo, que estaba pidiendo su llave en conserjería. Miré el reloj. En ese exacto momento, G. acababa de morir”<sup>40</sup>.

La pequeña esperanza que se había abierto cuando este sujeto entra por la puerta del hotel, se esfuma cuando el protagonista se da cuenta de que no se trataba de G., la tensión de esos instantes le hace sentir miedo de morirse él también. Es importante señalar que esta escena ocurre en uno de los lugares que Sigfried Kracauer ve como característicos de la indiferenciación en la sociedad moderna: el vestíbulo del hotel, “en el vestíbulo del hotel se entra como huésped, el director del hotel representa la nada impersonal y las personas que están allí dispersas se someten sin objeción al incógnito del anfitrión, son simples personas sin una relación mutua. Se reúnen en un vacío que, aunque constituye una salida del mundo cotidiano, no crea una comunidad de personas (...) La acción que se produce en el vestíbulo del hotel es la de idas y venidas de personas desconocidas que siguen un movimiento sin sentido por las vías de la convención”<sup>41</sup>. Es por convención que la persona que entra al hotel saluda al protagonista del relato, no hay ninguna otra relación entre ellos y la convicción de esa situación es un golpe aún más fuerte para él por la espera que había realizado.

Desbaratada toda posibilidad de encontrar con vida al señor G., el protagonista se siente totalmente solo y desolado, por cuarta vez va a intentar comunicarse con su mujer, su viaje ha sido en vano y han sido demasiadas emociones juntas desde que había arribado a esa ciudad: “Lentamente, me dirigí a la cabina telefónica. Incapaz de discar yo mismo, pedí una conferencia telefónica y di el número de mi casa y el nombre de mi mujer. Esperé brevemente, apoyado contra la pared de la cabina, donde alguien había tallado, a punta, un nombre y una fecha. Alguien que había estado allí, un año antes, que posiblemente no había encontrado a nadie y que, para dar testimonio de su presencia, talló con un punzón y un nombre la fecha, como hacen los prisioneros.

La voz fría y distante de la telefonista, del otro lado, dijo:

–Nombre y número equivocados.

Palidecí, estaba muy cansado y además G. había muerto, pero no creía haberme equivocado; posiblemente fue la telefonista la que entendió mal: el océano, la noche, la larga travesía, las estaciones cruzadas, las calles desconocidas, la lengua diferente. Insistí. Pedí otra vez la comunicación, y para no equivocarme, anoté los datos en un papel que leí lentamente, repitiendo los números y las letras. Esperé. Escuché el sonido de teléfono, en otro país, a otra hora del día, en otoño, no en primavera.

La voz de la telefonista –lejana, como sumergida en el tiempo– me informó:

---

<sup>40</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p. 154-155.

<sup>41</sup> Frisby, David. Op. Cit. pp. 235-236.



–Nombre y número equivocados.”<sup>42</sup> .

Este es el fin del relato, un relato en donde el protagonista queda, en última instancia, extraviado y perdido en un lugar que desconoce. Voy a analizar detalladamente esta parte final puesto que pueden desprenderse muchas conclusiones.

En primer lugar, lo que más se rescata del relato es el modo en que presenta los elementos de la modernidad, todos ellos adquieren un cariz de extrañamiento. A través de comparaciones que sacan de contexto al lector –recuérdese los peces en el acuario, las personas como maniqués, los edificios como guerreros medievales– es posible mirar de otra forma aquellos componentes que forman parte de nuestra sociedad actual y que debido a la cotidianeidad los pasamos por alto sin reflexionar mucho sobre ellos.

En este sentido, la figura del teléfono es preponderante durante todo el desarrollo del relato. Haré una analogía con la alusión que Walter Benjamin hace del teléfono en el texto *Infancia en Berlín: hacia 1900*: “En el recuerdo, los sonidos de las primeras conversaciones por teléfono me suenan muy distintos de los actuales. Eran sonidos nocturnos. Ninguna musa los anunciaba. La noche de la que venían era la misma que precede a todo alumbramiento verdadero. Y la recién nacida era la voz que estaba dormitando en los aparatos (...) A los desesperados que querían dejar este mundo miserable les enviaba el destello de la última esperanza. Compartía el lecho de los abandonados. Incluso llegaba a amortiguar la voz estridente que conservase desde su exilio, convirtiéndola en un cálido zumbido (...) No había nada que suavizara la autoridad inquietante con la que me asaltaba. Impotente, sentía como me arrebatava el conocimiento del tiempo, deber y propósito, cómo aniquilaba mis propios pensamientos y al igual que el médium obedece a la voz que se apodera de él desde el más allá, me rendía a lo primero que se me proponía por teléfono”<sup>43</sup> . Benjamin está recordando la forma en que veía al teléfono cuando éste recién se estaba instalando en las casas, sin duda las asociaciones que hace resultan muy impresionantes, la “voz” del teléfono es un zumbido cálido que entrega la última esperanza a los desesperados, era una voz del más allá que se apoderaba de quien la escuchaba. Claro, debemos entender que se trataba de las primeras conversaciones por teléfono, por lo tanto tenían el sello de la novedad y, siguiendo los postulados de Benjamin, el teléfono aún conservaba su carácter aurático. Pero con la modernidad su uso se hizo convencional y todo halo de novedad asociado al misterio se diluyó.

Es por esta razón que resulta relevante comparar este teléfono de Benjamin con los teléfonos públicos mencionados en *Una pasión inútil*. Recordemos que las cabinas telefónicas son “como los secadores eléctricos de las peluquerías”, el contestador automático posee “una voz metálica” y la voz de la telefonista es “lejana, como sumergida en el tiempo”. Dichas expresiones, al igual que las de Benjamin, producen un extrañamiento, vemos al teléfono de otro modo. Lo interesante es que en el texto toma esa connotación de elemento extraño, pero porque hay un detenimiento en lo que significa para el relato. Es el hilo de Ariadna que conecta al protagonista con la salida del

<sup>42</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. pp. 155-156.

<sup>43</sup> Benjamin, Walter: *Infancia en Berlín: Hacia 1900*. Bs. Aires, Editorial Alfaguara, 1990. pp. 26-27.

laberinto, es el dispositivo que le asegura un referente en el mundo. Pero falla. En el final del relato, al protagonista se le dice por teléfono que sus coordenadas referenciales están equivocadas, el nombre y el número de su mujer son erróneos, ¡a pesar que los había anotado en un papel para no equivocarse! El teléfono retoma su carácter mítico y pronuncia la sentencia. El protagonista está definitivamente perdido en una ciudad extraña, prisionero de un tiempo difuso, encarcelado dentro de una sociedad en la que sus rasgos identitarios no existen.

El laberinto se cierra; nuestro personaje se encuentra encarcelado. Aquella breve mención al final del relato es decisiva: “(...) apoyado contra la pared de la cabina, donde alguien había tallado, a punta, un nombre y una fecha. Alguien que había estado allí, un año antes, que posiblemente no había encontrado a nadie y que, para dar testimonio de su presencia, talló con un punzón y un nombre la fecha, como hacen los prisioneros”<sup>44</sup>. La noción de prisionero toma mucha fuerza en el relato, el sujeto desentrañado, está encerrado en una ciudad que desconoce. Resulta interesante vincular la concepción de encierro con lo que dice Max Weber sobre la jaula de hierro: “Para Weber, la sociedad moderna no sólo está encerrada en una jaula, sino que toda la gente que está dentro vive determinada por sus rejas; somos seres sin espíritu, sin corazón, sin identidad personal o sexual, casi podríamos decir sin ser”<sup>45</sup>. Según esto, el personaje, que no tiene identidad, está encarcelado en una sociedad en donde es anónimo, en donde nadie lo conoce y, por lo tanto, no existe.

La modernidad ha despojado de existencia a las personas. En la sociedad de consumo existen en tanto sujetos que compran. Estamos encarcelados y nuestra existencia se resume en una base de datos que registra nuestras acciones comerciales. En este sentido, no deja de ser interesante señalar la relación que Bauman establece entre el Panóptico, estudiado por Foucault, y las bases de datos de las sociedades contemporáneas. El Panóptico era un dispositivo en las cárceles desde el cual se podía vigilar a todos los reclusos sin que éstos pudieran ver a los vigilantes, de este modo se podía mantener a todos expectantes puesto que los reos no sabían en qué momento del día estaban siendo vigilados o no. Las bases de datos, por su lado, son el registro de los movimientos financieros de las personas: “El propósito principal del Panóptico era, ante todo, inculcar la disciplina e imponer patrones uniformes de conducta a los internos; el Panóptico era, ante todo, un arma contra la diferencia, la elección y la variedad. No es ése el blanco asignado a la base de datos y sus usos potenciales. Al contrario, sus principales promotores y usuarios son las compañías de crédito y *marketing*, cuyo objetivo es asegurarse de que los archivos confirmen la «credibilidad» de las personas registradas: su fiabilidad como clientes que *eligen* y que aquellos que no pueden elegir sean separados antes de que se produzca el daño y se derrochen recursos”<sup>46</sup>

De esta forma, es posible afirmar que la modernidad, fiel a su confianza en el

---

<sup>44</sup> Peri Rossi, Cristina. Op. Cit. p.155.

<sup>45</sup> Berman, Marshall. Op. Cit. p. 79.

<sup>46</sup> Bauman, Zygmunt. Op. Cit. p. 69.

---

progreso y la evolución tecnológica, ha desarrollado hasta nuestros días dispositivos para mantenernos atados, vigilados y encerrados dentro de un sistema en el cual somos números y datos, y en donde todo se rige por las leyes del mercado.

El protagonista no pudo llevar a cabo su encuentro, su “viaje de negocios” no pudo concretarse y, en tanto no realizó ninguna acción comercial, termina por no existir. No posee rasgos personales, es un ser innominado y queda encerrado dentro de su propio anonimato, en las paredes de una ciudad extranjera.

Todas esas características que se han puesto en evidencia en el relato, Marc Augé las va a entender como propias del exceso, elemento fundamental de lo que denomina como sobremodernidad. La sobremodernidad sería el tiempo en que vivimos actualmente, se trata de un tiempo que exhibe y explica los trastornos que sufre nuestra sociedad actual.

La sobremodernidad estaría operando a partir de una lógica del exceso, habría un exceso en la información, en nuestra concepción témporo-espacial y una superabundancia del ego. El exceso de información se ha observado en el inicio de este relato, en el aeropuerto había un montón de rótulos que guían al viajero, el mapa de la ciudad informa lo que hay en ella, pero todo tiene una orientación comercial. A partir de estos excesos habría también una modificación en nuestra forma de entender el tiempo y el espacio, nos enfrentamos a un tiempo y un espacio que han cambiado, “La dificultad de pensar el tiempo se debe a la superabundancia de acontecimientos del mundo contemporáneo. El mundo de la sobremodernidad no tiene las medidas exactas de aquel en el cual creemos vivir, pues vivimos en un mundo que no hemos aprendido a mirar todavía. Tenemos que aprender de nuevo a pensar el espacio”<sup>47</sup>. Finalmente, habría una superabundancia del ego, el sujeto sobremoderno realiza una producción individual de sentido, él concibe este mundo excesivo a su manera, “en las sociedades occidentales el individuo se cree un mundo, cree interpretar para y por sí mismo las informaciones que se le entregan”<sup>48</sup>. De esta forma se configura una sociedad fragmentaria, individualista y cargada de información eminentemente publicitaria. La sobremodernidad para Augé o posmodernidad para otros, estará marcada por el exceso y la exacerbación de los procesos llevados a cabo en la modernidad. Todos los trastornos provocados por estos excesos están reflejados en este relato, en donde finalmente el protagonista no puede decodificar el mundo, se siente extraviado en una ciudad extraña y no posee un referente fijo, ni siquiera un nombre propio.

Tal como lo plantea Sartre en uno de los epígrafes, la espera de la muerte se destruye a sí misma en tanto se convierte en la negación de toda espera, se transforma en un deambular vagabundo por calles desconocidas, una existencia desorientada y sin sentido; se trata, en definitiva, de una pasión inútil.

<sup>47</sup> Augé, Marc. Op. Cit. p. 37.

<sup>48</sup> Augé, Marc. Op. Cit. p. 42.



## III. Conclusión

La forma en que el relato *Una pasión inútil* integra los contenidos revisados en el Seminario de Grado Literatura y Posmodernidad fue el factor más relevante para tomarlo como objeto de análisis. Cristina Peri Rossi nos presenta un mundo extrañado, cuyos elementos poco a poco van transformando el entorno y el habitar de una persona en una ciudad. Su narrativa tiene la capacidad de sumergirnos en un mundo poblado de asociaciones que, a simple vista, parecen descolocar al lector, pero que luego, cuando seguimos los caminos que describen sus nexos, terminan por hacernos reparar en detalles que antes no habíamos observado por la automatización con que muchas veces realizamos nuestros actos.

Esta es sin duda una de las características que más nos impresionan de la literatura, la capacidad de aprehender el mundo de un modo distinto y entregarnos visiones más enriquecedoras, más completas, más imaginativas. Este relato deja una reflexión profunda sobre los cambios que ha tenido la sociedad desde su acelerada modernización. Los procesos que se han llevado a cabo desde entonces han metamorfoseado nuestros hábitos, cada vez son mayores los aparatos tecnológicos que usamos y se reduce considerablemente nuestra relación con los demás. Estamos construyendo un mundo despersonalizado y hemos dejado muy de lado los espacios de reflexión sobre lo que nos rodea.

El análisis realizado a partir de este relato pretendía poner en evidencia aquellas categorías teóricas de la pos/modernidad que están funcionando permanentemente en la lectura. Obviamente, la última palabra nunca está dicha. Entre más lecturas se puedan

extraer de un texto, tanto mejor es éste.

La comprensión de los procesos que han afectado a nuestra sociedad contemporánea nos hace sujetos más idóneos para entender lo que nos rodea.

Es posible afirmar que, mientras existan espacios de reflexión, como la literatura, podremos ser más conscientes de nuestro habitar en este mundo. Es posible ser cada vez más críticos y más responsables frente a los sucesos que acontecen en nuestro entorno. Sólo de esta forma podremos convertirnos en personas más responsables y conscientes de lo que afecta a nuestra sociedad. Mientras existan estos espacios aun quedarán alternativas para no sucumbir ante la indiferenciación y el borramiento de los rasgos que nos constituyen como personas.

---

## Bibliografía

- Adorno, Th. W. y Horkheimer, M.: *Concepto del iluminismo. Odiseo o mito e iluminismo*. En: Dialéctica del Iluminismo. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987.
- Anderson, Perry. Los orígenes de la posmodernidad, Barcelona, Editorial Anagrama, 2000.
- Augé, Marc: Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Barcelona, Editorial Gedisa, 2002.
- Avelar, Idelber: Alegorías de la derrota. La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000.
- Bauman, Zygmunt: La Globalización. Consecuencias Humanas. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Bauman, Zygmunt. La postmodernidad y sus descontentos, Madrid, Editorial Akal 2001.
- Benjamin, Walter: Infancia en Berlín: Hacia 1900. Bs. Aires, Editorial Alfaguara, 1990.
- Berman, Marshall: *Brindis por la Modernidad*. En: Nicolás Casullo (ed.). El Debate Modernidad Pos-modernidad. Buenos Aires, Editorial Punto Sur, 1989.
- Déotte, Jean Louis. Catástrofe y olvido. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1998.
- Eagleton, Terry: Las ilusiones del postmodernismo. Bs. Aires, Editorial Paidós, 1998.
- Frisby, David. Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin. Madrid, Editorial Visor, 1992.

- García Canclini, Néstor: *El consumo cultural: una propuesta teórica*. En: Guillermo Sunkel (coord.): El consumo cultural en América Latina. Santafé de Bogotá, Editorial Convenio Andrés Bello, 1999.
- : *La épica de la globalización y el melodrama de la interculturalidad*. En: Mabel Montaña (ed.): Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000.
- : *Contradicciones latinoamericanas: ¿modernismo sin modernización?* Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. Bs. Aires, Editorial Paidós, 2001.
- Habermas, Jürgen: *Modernidad: un proyecto incompleto*. En: Nicolás Casullo (ed.). El Debate Modernidad Pos-modernidad.
- Herlinghaus, Hermann: *Descentramiento hermenéutico, hibridación conceptual y conciencia histórica. Una propuesta latinoamericana por asumir*. En: Mabel Moraña (ed.): Nuevas perspectivas sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000.
- Jameson, Frederic. El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado. Barcelona, Editorial Paidós, 1991.
- Larraín, Jorge: Modernidad, razón e identidad en América Latina. Santiago, Editorial Andrés Bello, 2000.
- Lozano, Elizabeth: *Del sujeto cautivo a los consumidores nómicos*. En: Guillermo Sunkel (coord.): El consumo cultural en América Latina. Santafé de Bogotá, Editorial Convenio Andrés Bello, 1999.
- Martín-Barbero, Jesús: Oficio de Cartógrafo. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2002.
- : *Recepción de medios y consumo cultural: Travesías*. En: El consumo cultural en América Latina. Santafé de Bogotá, Editorial Convenio Andrés Bello, 1999.
- : *Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación*. En: Mabel Moraña (ed.): Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000. pp. 17-29.
- Peri Rossi, Cristina: Una pasión prohibida. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1992.
- : La nave de los locos. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1984.
- Rama, Ángel: La ciudad letrada. Santiago, Tajamar Editores, 2004.
- Richard, Nelly: *políticas para la memoria y técnicas del olvido*. En: Residuos y metáforas. (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de transición). Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1998,
- Sarlo, Beatriz: Escenas de la vida postmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina. Bs. Aires, Editorial Ariel, 1997.
- Sarrocchi, Augusto: *El laberinto y la literatura*. En: Revista Signos, v.31 (nº 43-44). Valparaíso, 1998.



Terrero, Patricia: *Ocio, prácticas y consumos culturales. Aproximación a un estudio en la sociedad mediatizada*. En: Guillermo Sunkel (coord.): El consumo cultural en América Latina. Santafé de Bogotá, Editorial Convenio Andrés Bello, 1999.

Valdés, Adriana: *Los “centros”, las “periferias” y la mirada del otro* (pp. 81-89); *Las licencias del entremedio* (pp.101-109); *Aquello que todavía llamamos cultura* (114-118). En: Composición de lugar. Escritos sobre cultura. Santiago, Editorial Universitaria, 1996.

Vázquez Montalbán, Manuel: *La ciudad postmoderna*. En: La literatura en la construcción de la ciudad democrática. Barcelona, Crítica, 1998.



# Apéndices

## Apéndice 1: Modernidad ↔ Posmodernidad.

***“Si la modernidad ha fracasado, ha sido al permitir que la totalidad de la vida se haya fragmentado sin especialidades independientes que se dejan en manos de la estrecha competencia de los expertos, mientras que el individuo concreto experimenta “el significado sublimado” y “la forma desestructurada”, no como una liberación, sino en forma del inmenso ennui que Baudelaire describió hace más de un siglo. Jean-Francois Lyotard***

***“ El posmodernismo no es, ante sus propios ojos, un “período histórico” sino la ruina de todo pensamiento periodizante (...) No está entregando otra narración de la historia, sólo negando que la historia está armada con algún sentido narrativo”***

***Terry Eagleton***

Al referirnos a la modernidad debemos tener en cuenta que estamos tratando con un concepto que se mueve en la contradicción. Se trata de un proyecto que buscaba abarcar todas las esferas de la existencia humana a través del impulso del conocimiento. Sus bases están sentadas en el Iluminismo. El hombre, al desapegarse de una concepción mítica del universo, vuelca todo su entusiasmo hacia la razón y entiende que a través de ella puede conocer más acabadamente tanto el mundo que lo rodea como a sí mismo.

A partir de la ciencia, el hombre descubre que puede adelantarse a los sucesos y controlar la naturaleza. Todo comienza a tener mayor sentido y las transformaciones en los más diversos ámbitos del quehacer humano no se harían esperar. Sin embargo veremos que “el principio de inmanencia, la explicación de todo acaecer como repetición que el iluminismo sostiene contra la fantasía mítica, es el principio mismo del mito”<sup>49</sup>. Esto nos sitúa desde ya en una paradoja, desde la experiencia inaugural de la modernidad, encontramos una asimilación con aquello que debería estar dejando atrás. Esta situación va a ser un factor constante durante el desarrollo del proceso que se llevará a cabo: la modernización.

El hombre moderno era un sujeto que estaba frente a la renovación de la vida. El mundo, todo su entorno, estaba a punto de sufrir grandes cambios, se trata de un sujeto situado en una línea divisoria entre lo antiguo y lo moderno. Esta coexistencia entre lo viejo y lo novedoso conllevará al establecimiento de un ambiente especial, caracterizado por lo limítrofe, por una gran expectación ante el momento, ante la eventualidad. Para Jürgen Habermas, “(...) la marca distintiva de lo moderno es «lo nuevo», que es superado y condenado a la obsolescencia por la novedad del estilo que lo sigue. Pero, mientras que lo que es meramente un «estilo» puede pasar de moda, lo moderno conserva un lazo secreto con lo clásico (...) Nuestro sentido de la modernidad produce sus pautas autosuficientes. Y la relación entre «moderno» y «clásico» ha perdido así una referencia histórica fija”<sup>50</sup>. Como vemos, los límites comienzan a hacerse difusos, y es que en esta época, va a haber una verdadera coexistencia entre dos mundos distintos, empieza a darse un aceleramiento constante en todo, las relaciones sociales, el quehacer de las artes, la experiencia del trabajo, los avances tecnológicos, avanzarán a un ritmo nunca antes visto.

Esta aceleración tendrá dos caras, es una renovación constante, pero es también una desintegración. Marshall Berman visualiza la modernidad como un remolino cuyas raudas vueltas estarán caracterizadas por la ambigüedad y la angustia.

Con la revolución industrial, las máquinas comienzan a apoderarse de aquellos sitios que antes eran ocupados por muchos hombres. El trabajo comienza a especializarse y la fragmentación de las actividades va dando paso a la conformación de una nueva sociedad. Berman nos dice que este advenimiento de un proceso de grandes transformaciones estaba ya avizorado por pensadores como Marx y Nietzsche. El primero de ellos había escrito: “En nuestros días, todo parece estar impregnado de su contrario. A la maquinaria que tiene el maravilloso poder de acortar y fructificar la labor humana la mantenemos hambrienta y con exceso de trabajo. Las novedosas fuentes de riqueza se convierten en fuente de deseo mediante un extraño hechizo. Las victorias del arte parecen comprarse con la pérdida del carácter. Al mismo tiempo que los amos dominan la naturaleza, el hombre parece estar encadenado a otros hombres o a su propia infamia”

---

<sup>49</sup> Adorno, TH. W. y Horkheimer, M.: *Concepto del iluminismo. Odiseo o mito e iluminismo*. En: Dialéctica del Iluminismo. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987.p. 42.

<sup>50</sup> Habermas, Jürgen: *Modernidad: un proyecto incompleto*. En: Nicolás Casullo (ed.). El Debate Modernidad Pos-modernidad. Buenos Aires, Editorial Punto Sur, 1989. p. 133.

51

Nietzsche, por su parte, afirmaba: “Nosotros los modernos, nosotros los semibárbaros. Estamos en medio de la gloria sólo cuando estamos más cerca del peligro. El único estilo que nos agrada es lo infinito, lo inconmensurable”<sup>52</sup>.

Si tomamos en cuenta lo dicho por Marx y Nietzsche, podemos apreciar la forma en que se veía venir este proceso. El tono con que describen lo que recién comenzaba a ocurrir no es para nada alentador, la libertad, que se suponía iba a llegar con el dominio de la razón, comenzaba a diluirse en su total opuesto: el encadenamiento. El hombre queda encadenado por “su propia infamia”. El proyecto se volvía ambiguo y las contradicciones van a ir en medro conforme pasaran los años.

Para David Frisby, ya en los escritos de Charles Baudelaire había una definición de modernidad que anticipaba el clima que se produciría más tarde, el poeta maldito entendía por modernidad “lo efímero, lo fugaz, lo contingente”. Y son exactamente éstas las coordenadas que operarán dentro de la vida moderna. El tiempo tendrá un valor que hasta antes se desconocía, todo se hace más rápido y casi inasible. En este sentido, el artista debía adecuarse a esta nueva dinámica y buscar los medios para representar esta nueva situación.

Hay un factor que es preponderante dentro de la historia de la modernidad, y que sin lugar a dudas, concentra en sí muchas de las características de este período: el dinero. En la modernidad veremos el ascenso de una importante mercantilización, las cosas van perdiendo poco a poco su valor de uso, para dar paso a su valor de cambio. “La forma consumada del mundo de las mercancías –la del dinero- oculta el carácter social del trabajo privado y las relaciones sociales entre los trabajadores individuales, al hacer que dichas relaciones parezcan relaciones entre objetos materiales, en lugar de revelarlas claramente”<sup>53</sup>.

El dinero comporta el carácter dinámico de las nuevas relaciones, dentro de lo fugitivo de este tiempo, es necesario aprovechar al máximo las oportunidades. El dinero pasa a ser el símbolo de intercambio en la sociedad.

El lugar en donde se verá de forma más patente el cambio que sufren las relaciones humanas será la ciudad. La metrópoli será un símbolo visible del flujo constante de relaciones aceleradas entre los seres humanos. La proliferación de los automóviles, las largas jornadas de trabajo, los atochamientos, la reducción del tiempo para las relaciones sociales provocarán en el sujeto moderno una serie de reacciones que irán aproblemado cada vez más su existencia.

El sociólogo alemán Georg Simmel detectará tres experiencias fundamentales que

<sup>51</sup> Berman, Marshall: *Brindis por la Modernidad*. En: Nicolás Casullo (ed.). *El Debate Modernidad Pos-modernidad*. Buenos Aires, Editorial Punto Sur, 1989 p. 72.

<sup>52</sup> Berman, Marshall. Op. Cit. p. 73.

<sup>53</sup> Frisby, David. *Fragments de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid, Editorial Visor, 1992. p. 133.

vivirá el sujeto moderno dentro de la ciudad: La neurastenia, la experiencia social de la metrópolis y el mundo del dinero y las mercancías.

El habitante de la metrópolis, al ser bombardeado diariamente por impresiones nuevas y de diversos tipos, cae irremediamente en el desarrollo de una personalidad neurasténica. “La existencia urbana, como forma extrema de las relaciones sociales provocada por la economía monetaria, requiere una distancia entre el individuo y su medio social, requiere una barrera interior entre las personas, una barrera que, sin embargo, es indispensable para la forma de vida moderna. Pues el amontonamiento y el abigarrado desorden de la comunicación metropolitana sería sencillamente insoportable sin esa distancia psicológica”<sup>54</sup>.

Simmel también nos habla acerca de las relaciones paradójicas que se dan entre los sujetos dentro de la ciudad. Un ejemplo de ello es la hiperestesia que sufren las personas dentro de las metrópolis, allí el sujeto está más acostumbrado a usar los ojos que los oídos. Es interesante la escena en que nos demuestra que las personas que viajan en tren, en autobús, etc. Pueden mantener conversaciones con su compañero de asiento, pues éste, al ser un pasajero más, no tiene nada que ver con él y se da un ambiente de confianza que en otras circunstancias no sería tal. La confianza estaría dada en cuanto se sabe que, luego del viaje, la otra persona irá a otro lado y probablemente no se le verá más. Sin embargo, podemos advertir que también puede pasar lo contrario, es decir, que las personas no se comuniquen porque no se conocen.

En general, los teóricos a los que se hace alusión en el libro de Frisby, buscan las claves de la modernidad en los intersticios de la vida común de las ciudades.

Hasta ahora hemos visto que la vida en la modernidad se fragmenta, las relaciones sociales han sufrido alteraciones, el sitio del dinero es cada vez más preponderante y la vida adquiere un ritmo más acelerado. Es hora de ver qué ocurre con el arte y la cultura en este tiempo. Un texto clave para abordar este tema es *Catástrofe y Olvido*, de Jean Louis Déotte. En este texto se hace un recorrido a la cultura moderna a partir del tema del museo, desde allí llega a conclusiones gravitantes como el lugar de la ruina, el monumento y la huella en la sociedad moderna.

La instauración del museo parte con la declaración universal de los derechos del hombre, Déotte realiza una crítica con respecto a esto en tanto dicha declaración se interesa más por un hombre abstracto que por un hombre singular. El museo, como la modernidad, porta dentro de sí una serie de características contradictorias, es “una institución de fragmentación activa que debe concebir cómo, a partir del fragmento, puede instituirse una comunicación entre las obras y, por lo tanto, entre los seres humanos”<sup>55</sup>. El museo colecciona fragmentos que no tienen nada que ver entre sí, que están sacados de su medio natural, por así decirlo, y los reúne para otorgarles un significado. La colección, entonces, podemos entenderla como la reunión de la diferencia en el encierro. El museo, por lo tanto, es “una instancia de olvido, colecciones de objetos que no están, en un sentido, ni presentes, ni ausentes, sino como huellas”<sup>56</sup>.

---

<sup>54</sup> Frisby, David. Op. Cit. p. 147.

<sup>55</sup> Déotte, Jean Louis. *Catástrofe y olvido*. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1998. p. 148.

Siguiendo con esta lógica moderna del lugar paradójico -en tanto se juntan lo antiguo y lo nuevo y lo presente se evapora como lo fugitivo-, el museo vendría a ser una expresión de esto mismo, en tanto que engendra la pérdida de diferencia de los tiempos y de las épocas. Muestra la ruina, la cual funciona como sinécdoque de lo que fue. Esto es finalmente lo que constituiría la cultura, una colección de colecciones, en suma, la ruina.

De esta forma, hemos visto que la modernidad parte, desde sus inicios, con un sentido contradictorio, está contra el mito y sin embargo utiliza sus mismos mecanismos. Funda mitos y enfrenta mitos con mitos, es una idea que no se forja nunca. Finalmente la misma concepción de modernidad se desvanece en tanto porta la contradicción, el instante efímero que es el proceso acelerado de una serie de acontecimientos. Lo que nos queda son los fragmentos y a esos mismos fragmentos recurren los teóricos para reconstruir una idea de la modernidad.

Si en la modernidad encontramos los inicios de una nueva experiencia inasible, fugitiva y diversificada. Es en la posmodernidad en donde los límites terminan por confundirse y los fragmentos componen una totalidad heterogénea con ruinas de un proyecto que en realidad nunca se acabó.

Según Terry Eagleton “la posmodernidad es un estilo de pensamiento que desconfía de las nociones clásicas de verdad, razón, identidad y objetividad, de la idea de progreso universal o de emancipación, de las estructuras aisladas, de los grandes relatos o de los sistemas definitivos de explicación. Contra esas normas iluministas, considera el mundo como contingente, inexplicado, diverso, inestable, indeterminado, un conjunto de culturas desunidas o de interpretaciones que engendra un grado de escepticismo sobre la objetividad de la verdad, la historia y las normas”<sup>57</sup>.

La definición lapidaria de Eagleton nos posiciona dentro de un ambiente en que los referentes se hacen cada vez más inestables. Para este autor, el posmodernismo es producto de un fracaso político. Según él, el avasallador capitalismo que venía expandiéndose desde la modernidad es ahora tan familiar que varios sectores de la izquierda han llegado a naturalizarse con él.

Una de los factores más característicos del posmodernismo sería la aparición de un nuevo tipo de insipidez, un nuevo tipo de superficialidad. Según Frederic Jameson “la desaparición del sujeto individual, y su consecuencia formal, el desvanecimiento progresivo del *estilo* personal, han engendrado la actual práctica casi universal de lo que podríamos llamar el *pastiche*”<sup>58</sup>.

Hasta el momento tendríamos una realidad bastante abrumadora, los límites, la originalidad, los grandes relatos, estarían en retirada, para dar paso a una especie de mezcla en los más variados ámbitos, si tenemos una “izquierda” que se está acostumbrando al capitalismo y una práctica generalizada del *pastiche*, estaríamos frente

<sup>56</sup> Déotte, Jean Louis. Op. Cit. p. 153.

<sup>57</sup> Eagleton, Terry. *Las ilusiones del postmodernismo*. Bs. Aires, Editorial Paidós, 1998. p. 96.

<sup>58</sup> Jameson, Frederic. *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona, Editorial Paidós, 1991. p. 83.

a la manifestación misma que Déotte nos mostraba en su texto: la reunión de fragmentos. Sólo que esta colección no se estaría dando en un espacio cerrado, sino en la vasta amplitud del mundo.

Retomando el tema de la indiferencia que nos plantea Jameson, tenemos a otro autor que profundiza en este tema. Zygmunt Bauman, abocándose más específicamente a los fenómenos sociales, afirma que “Nuestra sociedad «moderna tardía» (Giddens), «moderna reflexiva» (Beck), «hipermoderna» (Balandier), o posmoderna, está marcada por el descrédito, el ridículo y el simple abandono de muchas ambiciones (ahora tachadas de utópicas, o condenadas por totalitarias) características de la era moderna. Entre los sueños modernos a los que se ha renunciado o que han sido abandonados se encuentra la perspectiva de eliminar las desigualdades generadas por la sociedad, de garantizar a todos los individuos humanos una oportunidad igual de acceder a todo lo bueno y deseable que la sociedad puede ofrecer”<sup>59</sup>.

Tenemos, por lo tanto, no una nueva sensibilidad, o una nueva concepción de principios o valores, sino que la modernidad ha engendrado un nuevo estadio que ha deformado los *telos* de antaño y que simplemente ya no los toma en cuenta. Se trata de la negación de todo orden, de toda finalidad colectiva. Es interesante detenernos aquí en el tema de la hiperestesia que caracterizó a la modernidad, todo ese acribillamiento de los sentidos pudo haber terminado en una anestesia, en donde las consignas de ayer, los vejámenes de antaño, los sueños y los proyectos políticos ya no son determinantes y la indiferencia estaría primando en lugar del compromiso.

En el ámbito del arte nos encontramos con una situación que se venía forjando desde la etapa moderna. Como sabemos, en la modernidad encontramos una especialización de las actividades –esto lo evidencia Habermas cuando señala la enorme diferencia entre los especialistas y los legos-, esto también ocurría en el terreno del arte; éste se había distanciado de la praxis vital y poco a poco fue desligándose hasta encapsularse en un círculo cerrado de gente especializada.

Las vanguardias artísticas habían decidido confrontar esta situación haciendo retornar el arte a la gente, se buscaba la unión entre el arte y la vida y, sobre todo, romper con el arte canónico. Con respecto a las vanguardias, Bauman afirma que “todas ellas estaban imbuidas de un espíritu pionero, todas contemplaban el estado existente del arte con desagrado y aversión, todas se mostraban críticas con el papel asignado en aquel momento al arte en la sociedad, todas se mofaban del pasado y ridiculizaban los cánones que abrigaba, todas teorizaban sagazmente sobre sus propios procedimientos y métodos, imputando un sentido histórico más profundo a sus logros artísticos; todas ellas seguían la pauta de los movimientos revolucionarios, preferían actuar colectivamente, creaban y se adherían a hermandades semejantes a una secta (...) al igual que la propia modernidad, sólo que quizás en mayor medida, vivían en primera línea; al igual que la modernidad en su conjunto, aunque quizás de forma aún más dogmática, creían que la única utilidad de la tradición consistía en que gracias a ella se sabía qué era lo que había que romper, y que las fronteras estaban ahí para transgredirlas”<sup>60</sup>. Sin embargo, las vanguardias se sustentaban en una paradoja, tomaba el éxito como fracaso y la derrota

---

<sup>59</sup> Bauman, Zygmunt. *La postmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Editorial Akal 2001. p. 123.



afirmaba que su existencia debía continuar. Ante esto el mercado vio en ellas el potencial estratificador que tenía el arte incomprensible y la existencia de las vanguardias se vio cercada por el mismo carácter finito de las fronteras que quería infringir.

La vanguardia finalmente deja de tener un carácter transgresor y termina por museificarse dentro de una colección que comportaba lo mismo que atacó en sus inicios.

Dentro de la posmodernidad, “la cultura se ha expandido necesariamente hasta hacerse virtualmente coextensiva a la economía misma (...) todo objeto material y todo servicio inmaterial se convierte a la vez en signo complaciente y mercancía vendible”<sup>61</sup>. Esta situación la trata Jameson en su memorable comparación entre los zapatos del cuadro de Van Gogh con los zapatos de polvo de diamante de Andy Warhol. Los primeros valen en tanto remiten a un contexto anterior, son zapatos de labrador que estarían actuando como fragmentos significantes de un espacio mayor; los zapatos de Warhol, en cambio, valen en tanto son material de cambio. Es la hegemonía del capitalismo avanzado que reduce todo a un factor meramente mercantil.

Siguiendo con la lógica del capitalismo, para Eagleton “todo el mundo ha sido convertido ahora en consumidor, mero receptáculo vacío de deseo. En lugar de aquellos viejos y autónomos otros, que eran tenazmente específicos, emerge ahora una portentosa y generalizada Otredad, cuyos poseedores particulares pueden volverse indiferentemente intercambiables: mujeres, judíos, prisioneros, *gays*, aborígenes”<sup>62</sup>. Esta difuminación del concepto de los otros también la ve Bauman en el concepto de “impureza”, según él, tanto en la modernidad como en la posmodernidad existen las impurezas de la sociedad. El caso es que dentro del posmodernismo, la sociedad la vendría a constituir todo aquel que se resiste a la lógica del capitalismo, todo aquel que no se convierte en el receptáculo vacío del que nos habla Eagleton.

Para finalizar, ahondaremos en un concepto que estaba presente la modernidad y que se presenta dentro del posmodernismo con nuevos matices, pero manteniendo un desequilibrio similar que en el período anterior.

Nos referimos a la concepción de enfermedad. Ya habíamos dicho que dentro de la metrópolis moderna el sujeto se encontraba asediado por un bombardeo de imágenes y sensaciones diarias que provocaban en él el padecimiento de la neurastenia. En el caso de la posmodernidad vamos a encontrar la enfermedad en otra de sus facetas, se trata de la esquizofrenia. “Lacan describe la esquizofrenia como una ruptura en la cadena significativa, es decir, en la trabazón sintagmática de la serie de significantes que constituye una aserción o un significado (...) Cuando somos incapaces de unificar el pasado, el presente y el futuro de la frase, también somos igualmente incapaces de unificar el pasado, el presente y el futuro de nuestra propia experiencia biográfica de la vida psíquica”<sup>63</sup>. Esto es lo que experimenta el sujeto posmoderno dentro de la

<sup>60</sup> Bauman, Zygmunt. Op. Cit. p. 87.

<sup>61</sup> <sup>61</sup> Anderson, Perry. Los orígenes de la posmodernidad, Barcelona, Editorial Anagrama, 2000. p. 46. <sup>62</sup> Eagleton, Terry. Op. Cit. p. 77.

<sup>62</sup>

sociedad, al no haber una cadena significativa que le ofrezca un arraigo, una conexión, se difuminan las uniones entre los entes de la sociedad y lo que es peor, entre los tiempos –esto es lo que afirma Déotte en la experiencia del museo-. El hombre por lo tanto, pierde todo referente de temporalidad y se halla inmerso en un mero presente que no tiene ninguna relación con el tiempo.

Esto ocurre a la vez, en una forma macro, en la experiencia del mundo, pues cada vez estamos ante la contemplación de una comunidad global, indiferenciada, en donde los límites físicos han ido desapareciendo cada vez más.

Bauman nos advierte, a su vez, de otra enfermedad propia del posmodernismo, se trata de la crisis de identidad. Como ya hemos visto, dentro del posmodernismo se pierden las coordenadas identitarias, esto deja a las personas sumidas en un halo de incertidumbre. “La incertidumbre al estilo posmoderno no engendra la demanda de religión; gesta, por el contrario, la demanda cada vez más elevada de expertos en identidad” (orientadores, asesores matrimoniales, etc.)<sup>64</sup>. No está de más decir que esto se puede conectar con aquella observación que habíamos hecho del mito en la modernidad, ¿qué es esto de la orientación, la asesoría matrimonial?, nada más que un regreso a ese mito primigenio del que renegaba la modernidad pero cuyos fragmentos los vemos renacer hasta estas instancias.

Por lo tanto, estaríamos frente a dos procesos que se “sostienen” en la contra-dicción, en un entramado de fragmentos que los comunican constantemente. La posmodernidad se erige como la ruina del inacabado proyecto modernizador que continúa haciendo eco hasta nuestros días. Estamos siendo parte de un ambiente en el cual todo está entrecruzado y nos convertimos en observadores/decodificadores de las ruinas que conforman nuestro entorno y la sociedad misma.

## Apéndice 2: Latinoamérica, expresión de procesos truncados.

***“Historia y no leyenda fue lo que le sucedió al primer negro que vieron ciertos indios de Chile. Fue en los primeros años de la conquista; un barco español naufragó en las costas de X..., y entre los náufragos se salvó un negro. Los indios asesinaron a los españoles, guardaron a las mujeres y luego no supieron qué hacer con el negro. Sorprendidos al ver el color de su piel, pensaron que se trataba de una burla y que era un español pintado de negro para engañarles. Entonces hicieron hervir agua en un gran fondo y allí lo metieron, y como el color no desapareciese le refregaron con mazorcas secas, hasta que le arrancaron la piel y le dejaron la carne viva...”***

---

<sup>63</sup> Jameson, Frederic. Op. Cit. 71.

<sup>64</sup> Bauman, Zigmunt. Op. Cit. 112.

**Fernando Alegría**<sup>65</sup>

Si tomamos en cuenta que la posmodernidad se compone del entrecruzamiento de discursos, de la reunión e interconexión de diversos temas, del encuentro y la interpenetración de las culturas, no es desacertada la elección de este epígrafe. Poniendo en práctica la figura del palimpsesto (que emerge con fuerza en nuestros tiempos de globalización), podemos recoger esta cita que hace referencia a aquel pasado en que comenzaba el contacto entre gentes de distintas culturas, y hacerla confluir con los contenidos que se abordarán en este apéndice. De esta forma, haremos dialogar ese primer encuentro en un tiempo pretérito con la multiplicidad de encuentros que se dan hoy en día y veremos cómo van adquiriendo sentido los procesos cuando se enfrentan y se revisan las texturas que los constituyen.

Tal como se deja ver en el epígrafe, a la llegada de los españoles en América existían una serie de comunidades indígenas. El choque entre esta cultura y la civilización europea tendría una serie de repercusiones que, con el paso del tiempo, irían conformando una sociedad con características muy particulares. Comenzaría el mestizaje y la conformación de una cultura híbrida.

Ya desde el encuentro entre americanos y europeos había un desfase en términos de evolución, de desarrollo de las sociedades, etc. Esta diferencia va a seguir dándose en el tiempo, provocando un atraso con respecto a los procesos y avances que tendría más adelante el mundo occidental.

El primer gran tema que trataremos aquí tiene que ver con la relación entre modernización y modernidad. La idea es revisar si aquel proceso –que, según Marshall Berman se dio en Europa como un remolino caracterizado por la ambigüedad y la angustia– existió realmente en América Latina y cuáles fueron sus características.

Frente a esto hay variadas opiniones. La mayoría de los críticos concuerdan en la escasa correspondencia entre los procesos modernizadores europeo y latinoamericano, sin embargo, algunos aseveran que hay que revisar cuidadosamente lo que podríamos entender por modernización en América Latina.

Para Néstor García Canclini, la modernización en Latinoamérica comenzó recién con la consolidación de los movimientos independentistas: “Puesto que fuimos colonizados por naciones europeas más atrasadas, sometidos a la contrarreforma y otros movimientos antimodernos, sólo con la independencia pudimos iniciar la actualización de nuestros países. Desde entonces, hubo olas de modernización”<sup>66</sup>. Es cierto que las condiciones en que se encontraba América Latina no eran las más óptimas para llevar a cabo un proceso modernizador, las naciones no tenían un desarrollo altamente tecnológico y el campo de la cultura estaba muy restringido, quienes podían optar a una educación de calidad eran sólo las elites, por esto mismo no se podía avanzar hacia un proceso que tuviese tantos cambios como sucedió en Europa. En este sentido, podemos

<sup>65</sup> Alegría, Fernando. *Lautaro, joven libertador de Arauco*. Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1993. p. 58.

<sup>66</sup> García Canclini, Néstor: *Contradicciones latinoamericanas: ¿modernismo sin modernización?* Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. Bs. Aires, Editorial Paidós, 2001. p. 89.

hablar de una “modernización precaria”, un proceso muy en ciernes que, según Hermann Herlinghaus, producía un desfase y un descentramiento: “La modernidad en América latina nació como discurso de una modernidad precaria, no como autoafirmación emancipatoria. Dicho de otro modo, nació con los signos de un drama hermenéutico. Una latente crisis de sentido histórico acompañaba su incorporación en una modernidad occidental «cuyo corazón latía lejos» del continente”<sup>67</sup>. Esta crisis del sentido histórico pasa, justamente, por la no-concordancia del proceso modernizador en un contexto que estaba bastante atrasado. Por lo tanto, las lecturas que acá podían hacerse sobre la modernización, iban a estar lógicamente fuera de lugar, a contratiempo, en desajuste con el desarrollo histórico latinoamericano. Esto es, según Herlinghaus, lo que provoca el llamado “drama hermenéutico”, ya que acá no estaban las condiciones óptimas para asimilar una verdadera modernidad, por ende, la interpretación de lo moderno quedaba fuera de lugar.

Por otro lado, es interesante ahondar en las aproximaciones que Jorge Larraín detalla sobre la modernidad. En su texto *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, resalta las distintas visiones existentes en cuanto a si es aplicable o no el concepto de modernidad en América Latina. Con respecto a esto existirían teorías optimistas y otras, pesimistas. Las primeras visualizarían a América Latina dentro de una “transición” (término que revisaremos más adelante debido a su carga significativa) hacia una modernidad fundamentada en los modelos europeo y norteamericano.

Por otro lado, las teorías pesimistas dejan en tela de juicio el hecho de que América Latina se haya modernizado o que realmente pueda modernizarse. Dentro de estas teorías se encuentra lo que José Joaquín Brunner ha denominado como *macondismo*, para referirse al espacio latinoamericano como un lugar poblado de un carácter mítico-maravilloso. En este sentido, habitaríamos un lugar que se niega a aceptar un patrón modernizador foráneo, puesto que no calzaría con nuestras concepciones, con nuestro misterio. Sin embargo, el macondismo “no niega la posibilidad misma de la modernización, pero sugiere cautela, debido a que América Latina es el mundo de lo inesperado y de las fuerzas telúricas incontrolables”<sup>68</sup>.

Siguiendo dentro de la línea pesimista, otros autores como Octavio Paz, Carlos Fuentes y Richard Morse plantean que en Latinoamérica no ha habido modernidad debido, fundamentalmente, a que fuimos conquistados por españoles, los cuales no pasaron por el proceso de la Ilustración, por lo tanto no se pudo llevar a cabo una racionalización que llevara a cabo una crítica filosófica, científica y política. Octavio Paz, además, realiza una severa distinción entre América del Norte y América del Sur, “la del Norte habla inglés y es hija de la tradición que fundó el mundo moderno, especialmente sus tres procesos fundamentales: la reforma, la democracia y el capitalismo. La del sur habla castellano o portugués y es hija de la monarquía católica y la contrarreforma”<sup>69</sup>.

---

<sup>67</sup> Herlinghaus, Hermann: *Descentramiento hermenéutico, hibridación conceptual y conciencia histórica. Una propuesta latinoamericana por asumir*. En: Mabel Moraña (ed.): *Nuevas perspectivas sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales*. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000. p. 99.

<sup>68</sup> Larraín, Jorge: *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 2000. p. 83.

---

Este autor sentencia afirmando que en América Latina lo que ha habido realmente es una *seudomodernidad*, según él “la revolución liberal, iniciada en la independencia, no resultó en la implantación de una verdadera democracia ni en el nacimiento de un capitalismo nacional, sino en una dictadura militar y en un régimen económico caracterizado por el latifundio y las concesiones a empresas y consorcios extranjeros, especialmente norteamericanos (...) A principios del siglo XX estábamos ya instalados en plena pseudomodernidad: ferrocarriles y latifundismo, constitución democrática y un caudillo dentro de a mejor tradición hispanoárabe, filósofos positivistas y caciques precolombinos, poesía simbolista y analfabetismo”<sup>70</sup>.

Por lo visto hasta ahora, desde los procesos de descubrimiento, conquista y colonización, América Latina se ha visto en una posición de retraso frente a la civilización occidental. Debemos entender que el espacio latinoamericano estaba poblado por una concepción mítica-religiosa que estaba acorde con la etapa que estaba pasando, el cruce entre ese paradigma y las ansias de poder y enriquecimiento de las viciadas huestes españolas produjo un quiebre y, con el tiempo, un sincretismo, una hibridación que formó una raza mestiza, con códigos mezclados y concepciones de mundo superpuestas. Si a esto agregamos el hecho de que la sociedad española no pasó por el proceso ilustrado que tuvo el resto de Europa en el siglo XVIII, tendremos como resultado un continente –exceptuando Norteamérica– que se fue estancando intelectualmente, ya que mientras la concepción religiosa latinoamericana se iba imbricando con la neoescolástica de la iglesia española, el resto de Europa se abría al pensamiento crítico sentado sobre las bases del positivismo, el racionalismo y la ilustración.

En este sentido, el proceso modernizador se daría en forma precaria o tardía por estas latitudes, debido a la escasa o restringida difusión de los ideales ilustrados. Por lo mismo, sólo las élites –cuyos integrantes podían viajar a Europa y conocer los procesos que allá se estaban realizando– tuvieron acceso a estos conocimientos y recién se vino a vislumbrar el idealismo en los procesos independentistas. Sin embargo, era necesario tener una población que entendiera todo este bagaje cultural y eso requería de tiempo, pues los índices de analfabetismo eran altísimos y hacía falta un desarrollo más óptimo y abarcador en términos educacionales. Además cabe detenernos en el aprovechamiento de este desfase por las clases gobernantes, puesto que “los desajustes entre modernismo y modernización son útiles a las clases dominantes para preservar su hegemonía, y a veces no tener que preocuparse por justificarla, para ser simplemente clases dominantes”<sup>71</sup>.

Para que realmente pudiera hablarse de modernidad en América Latina, primero era preciso un proceso modernizador y, para que tal proceso sucediera de una forma similar que en Europa, acá debía pasar un tiempo más. Sólo en el siglo XX se llevaría a cabo una tecnificación masiva que diera paso a ese remolino de angustia y ambigüedad del

---

<sup>69</sup> Larraín, Jorge. Op. Cit. p. 89.

<sup>70</sup> Larraín, Jorge. Op. Cit. p. 95.

<sup>71</sup> García Canclini, Néstor. Op. Cit. p. 87.

que hablaba Berman, pero en esos años se asomaría un flagelo mayormente angustiante y represivo: la dictadura.

Si el proyecto de la modernidad estaba cojo en el sentido de la carencia de un despliegue modernizador, en el ámbito de la cultura las cosas también resultaban ser deficientes. Específicamente en el ámbito de la literatura, los escritores fundían pensamiento político y literario acordes con los movimientos independentistas. Más adelante, quienes podían viajar a Europa, adaptaron algunas de las técnicas de los movimientos que allá se desarrollaban. Sin embargo, siempre estuvo presente la dificultad de aplicar los modelos de occidente a las latitudes latinoamericanas, en donde el auge cultural era escaso y por lo mismo estos escritores debían compatibilizar su actividad literaria con alguna profesión, en muchos casos ligada a la política.

A principios de 1960 surgió en América Latina un núcleo de escritores con características muy similares y con un objetivo bastante atrevido: realizar el concilio entre identidad latinoamericana y modernización. Sus técnicas eran totalmente novedosas y se proyectaban como culminación estética de la literatura latinoamericana, se trataba del llamado Boom Latinoamericano.

Idelber Avelar realiza un exhaustivo estudio del boom y teoriza en torno a sus objetivos y lo que realmente alcanzaron. Estos escritores buscaban, a través de la narrativa, ser la consecución final de la modernidad estética en América Latina, en este sentido, visualizan el presente como la superación de un pasado fallido. Además querían llevar cabo una retórica adánica (en cuanto a novedad) y a la vez edípica, en el sentido de superar al “padre” europeo en términos literarios.

Siguiendo esta línea, los representantes del boom repudiaban cualquier vínculo con la tradición anterior, “descartar el pasado era necesidad clave de la resuelta “puesta al día con la historia”, voluntad de presente cuya otra cara fue el asesinato edípico del padre europeo, asesinato éste concebido como prueba de una integración autosuficiente, triunfante, de Latinoamérica a la marcha literaria universal”<sup>72</sup>

El boom tuvo mucho éxito y las ventas de estos escritores alcanzaron cifras jamás vistas anteriormente en Latinoamérica. Sin embargo hay una serie de puntos en torno a los cuales Avelar realiza una reflexión detallada y clarificadora. Junto con el éxito del boom, se originó una pérdida: “El logro del escritor latinoamericano implicaría, entonces, una pérdida: el precio a pagar por la autonomía social era la desaparición del aura. En medio de la dramática necesidad de arreglárselas con una modernización galopante, yacía la pérdida de la cualidad aurática de lo literario”<sup>73</sup>

Tal como lo plantea Walter Benjamin, en tiempos de la reproductibilidad técnica, la obra de arte pierde su carácter inmaculado, único, aurático, pues puede ser reproducido muchas veces y su valor de uso pasa a ser reemplazado por el valor de cambio. Esto es lo que ocurrió con las obras del boom, el carácter adánico y fundador que propugnaba,

---

<sup>72</sup> Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota. La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000. p. 48.

<sup>73</sup> Avelar, Idelber. Op. Cit. p. 50.

entró inmediatamente en el círculo del mercado. El escritor del boom ahora podía dedicarse únicamente a su actividad, pero esto traía consigo la desaturación de su obra.

Avelar plantea que la narrativa del boom se instala dentro de la figura del duelo, el boom intentaría “dar cuenta de una imposibilidad fundamental para las elites, en virtud de la modernización misma, de instrumentalizar la literatura para el control social, pérdida, por así decirlo de la voluntad disciplinadora de la literatura. *El boom no es otra cosa que el luto por esa imposibilidad, es decir, luto por lo aurático*”<sup>74</sup>.

Con todo esto, finalmente no habría una incompatibilidad entre el boom como discurso de la identidad latinoamericana y como entrada al mercado global, ya que el duelo que se llevaba a cabo por el aura en un tiempo posaurático permitió que esta literatura fuese al mismo tiempo latinoamericana y moderna, avanzada al mundo occidental. Al incorporarse al canon occidental, el boom realiza una compensación imaginaria por una identidad que estaba perdida, esta identidad se realizaría, por lo tanto a través de una ficción retrospectiva, existe en la medida que es una identidad perdida, pues se narra de forma moderna un espacio situado en lo premoderno.

Sin embargo, la tarea que estaba llevando a cabo el boom –la reinscripción de la modernidad perdida, el duelo por el aura en el interior de un contexto modernizador– sería truncada por el advenimiento de las dictaduras militares. Las élites, al verse circundadas por un descolante movimiento popular que buscaba reivindicaciones sociales, dejó de lado los proyectos nacionalistas de autosustento económico y cedió ante el capital multinacional. Con el surgimiento de las dictaduras, el proceso modernizador que buscaba el boom perdió todo carácter liberador o identitario, ya que luego de los regímenes militares el capital multinacional ya estaría instalado con fuerza en los países latinoamericanos.

Las dictaduras latinoamericanas fundaron su accionar en el uso de la violencia, de la imposición. Aquel impulso racionalista que debía tener la modernización es totalmente defenestrado en tiempos dictatoriales. Lo que es ajeno a la concepción capitalista debía ser eliminado, arrancado de raíz para que no se interpusiera en los objetivos de quienes dejarían la economía en manos del capital multinacional.

La actividad cultural fue mermada de forma categórica, muchos de los artistas, escritores, críticos, etc. fueron exiliados o quedaron confinados a trabajar en las peores circunstancias posibles. En el caso de Chile, durante el gobierno de la Unidad Popular se había llevado a cabo una enorme efervescencia cultural, había inversiones estatales para que la circulación de bienes simbólicos no estuviera amarrada a las leyes del mercado. La editorial Quimantú había dado un enorme avance en términos de publicaciones, clásicos de la literatura universal ya podían estar al acceso del pueblo. Las brechas entre cultura popular y erudita se fueron adelgazando y fueron permeándose. Sin embargo, luego del golpe militar de 1973, los militares se encargarían de demonizar todo ese legado, se hicieron desaparecer los libros, y también las personas.

El acceso a la cultura durante la dictadura militar se diferenció, dejando una cultura

<sup>74</sup> Avelar, Idelber. Op. Cit. p. 51.

rica en manos de los sectores más acaudalados y otra de masas estereotípica y paralizante dirigida a la mayoría de la población. Las producciones artísticas de carácter popular o vanguardista quedaron convertidas en guetos y aprisionadas económicamente ya que todo comenzó a medirse según los valores del mercado. Cabe destacar que el principal foco de intervención cultural que utilizó la dictadura fue la televisión, el control de este medio masivo de comunicación con el tiempo fue generando la emisión de programas de entretenimiento que desviarán la atención de la población y así asegurar la docilidad de las personas. Esto, como veremos más adelante, traerá estragos hasta nuestros tiempos postdictatoriales.

La censura dictatorial fue acorralando a una generación que no encontraba espacios en los cuales inscribir un discurso contestatario. Hubo, sin embargo conatos de resistencia cultural en América Latina; en el caso de Chile la formación del Grupo CADA (Colectivo Acciones de Arte), la consolidación de grupos teatrales como el ICTUS o la fundación del Teatro Abierto en Argentina. Estas agrupaciones sortearon una represión enorme y trataron de mantener la actividad cultural en un contexto gobernado por la violencia y la censura. No obstante, pese a la paulatina formación de focos de oposición, los militares no perdieron nunca su dominio.

La dictadura fue constituyendo un proceso de “modernización” centrado en la apertura al mercado multinacional, se fomentó una pasión por el consumismo, la privatización de la vida pública y una obsesión con el éxito individual. Junto con esto, se consolidó el modelo económico neoliberal, que organizaba cada rincón de la vida social según las leyes del mercado.

Poco a poco se fue dando paso a la llamada transición democrática y el liberalismo partidario. Sin embargo, cabe detenernos en el concepto de transición para desenmascarar su verdadero significado. “El regreso a la democracia no implica en sí un tránsito a ningún lugar más que aquel en que la dictadura nos dejó. «Transición a la democracia» significó, en este sentido, nada más que la legitimación jurídico-electoral de la exitosa transición llevada a cabo por los militares, es decir, la ecuación última entre libertad política para el pueblo y libertad económica para el capital, como si la primera dependiera de la segunda, o como si la segunda hubiera sido de algún modo obstaculizada por los generales”<sup>75</sup>. Según Willy Thayer, la llamada transición no fue realmente un proceso de redemocratización, sino que fue el paso del estado moderno a la consolidación del mercado transnacional, por lo tanto, la transición vendría a ser la dictadura propiamente tal, pues fue ella la que dio ese paso, el cual sería denominado de forma eufemística como “modernización”.

Para Idelber Avelar, la dictadura significó una derrota, la derrota de la afirmación identitaria que la literatura del boom buscaba lograr, la derrota del desarrollo cultural que comenzaba a descollar en los años sesenta. En este sentido, la literatura postdictatorial buscaría dar cuenta de esa derrota a través del uso predominante de la alegoría. La alegoría es la figura literaria que busca dar cuenta de algo a partir de un sentido “otro”, de algo diferente. Por lo tanto, la alegoría representa algo a partir de lo que no está, a partir de las ruinas que nos recuerdan aquello que se quiere representar en realidad.

---

<sup>75</sup> Avelar, Idelber. Op. Cit. p. 56.



Es por esto que la literatura postdictatorial utiliza la alegoría para dar cuenta de esa derrota política. “La alegoría es la faz estética de la derrota política (...) porque las imágenes petrificadas de las ruinas, en su inmanencia, conllevan la única posibilidad de narrar la derrota. Las ruinas serían la única materia prima que la alegoría tendría a su disposición”<sup>76</sup>. Avelar revisa algunos de estos textos alegóricos, en ellos, la marca más patente y dura de la derrota está plasmada en la imposibilidad de leer su objeto, es decir, no narran otra cosa que esa impotencia. Esta impotencia no estaría despojada de sentido y debe ser leída como ruina de una pérdida, es decir, como una totalidad imposible.

La dictadura realizó el paso a un contexto con características totalmente distintas a las que había antes de ella. El sujeto inserto en la postdictadura se encuentra en un medio que rige la totalidad de los vínculos sociales a partir de la vara mercantil. También debemos tomar en cuenta los mecanismos de desviación que utilizó el estado dictatorial para coartar cualquier pregunta, cualquier reflexión. Como ya vimos anteriormente, la televisión fue uno de los puntales de esta maniobra. La idea era mantener a la población ocupada para que no se percataran de los cambios, o más bien dicho, enmascarar esos cambios a partir de una nominación falsa. Se disfraza, de esta manera una “libertad” que se encuentra atada a las leyes del capitalismo, manejada obviamente, por quienes controlan el capital.

De esta forma, se configura una sociedad bombardeada por los anuncios de los medios de comunicación de masas que encauza las “necesidades” según patrones consumistas. Una de las finalidades de esto, es dejar de lado el discurso de la memoria, del recuerdo, ya que los tiempos de transición se basaban en la promesa de ser mejores, es decir, en una mirada hacia adelante, no hacia atrás.

Es en este contexto en donde ahora deben instalarse los familiares de las víctimas de la dictadura, que hasta el día de hoy reclaman por la desaparición de sus seres queridos. Esta es una de las caras más duras del horror de ese régimen, y es lo que los llamados gobiernos democráticos buscan amortiguar a partir de un discurso oficial que termine por hacer desaparecer ese recuerdo. “Pareciera que la palabra “memoria”, así recitada por el habla mecanizada del consenso, somete el recuerdo de las víctimas a una nueva ofensa: la de volver ese recuerdo insignificante al dejar que lo hablen palabras debilitadas por las rutinas oficiales, que trabajan en poner los nombres cuidadosamente a salvo de cualquier investigación biográfica sobre lo convulso y fracturado de su materia vivencial”<sup>77</sup>.

El recuerdo de estas personas queda vagando en un duelo suspendido, en el cual sujeto y objeto quedan en estado de pesadumbre e incertidumbre. Son ellos los que deben conjugar dramáticamente la desaparición del cuerpo físico de sus familiares con la aparición social del recuerdo de su desaparición. Frente a esto se hace necesaria la conformación de superficies de inscripción que den cuenta de la desaparición sin ejecutar el desgaste significativo que se realiza a través de las imposiciones y disposiciones del

<sup>76</sup> Avelar, Idelber. Op. Cit. p. 58.

<sup>77</sup> Richard, Nelly: *políticas para la memoria y técnicas del olvido*. En: *Residuos y metáforas. (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de transición)*. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1998. p. 29.

discurso oficial. “Hablar de superficies de inscripción sensible de la memoria es hablar de una escena de *producción de lenguajes*; de los medios expresivos para restaurar la facultad de pronunciar el sentido y denunciar las operatorias de signos de la violencia, poniendo el horror a distancia gracias a una mediación conceptual o figurativa capaz de desbrutalizar en algo la inmediata vivencia de los hechos”<sup>78</sup>

Al salir de la etapa de modernización que realizaron las dictaduras, los países latinoamericanos se vieron dentro de un contexto que, hasta nuestros días, reconstruye y resignifica los procesos anteriores. Se trata de la posmodernidad. No debemos entender posmodernidad como un período histórico más, sino como la ruina de todo pensamiento periodizante. “La coincidencia histórica entre posmodernidad y postdictadura en América Latina no sería, desde luego, gratuita o accidental. La posmodernidad latinoamericana es postdictatorial –la transición continental al horizonte posmoderno la llevan a cabo las dictaduras– porque los estados modernos latinoamericanos, nacional-populistas o nacional-liberales, no podían –o no pudieron– abrir el camino a la tercera fase del capital; eran, ellos mismos, sus futuras víctimas. Sólo la tecnocracia militar estaba cualificada, a ojos de las clases gobernantes locales, para purgar el cuerpo social de todos los elementos resistentes a esta reconfiguración”<sup>79</sup>.

Dentro de la posmodernidad los límites se hacen cada vez más difusos y las diferencias entre culturas se van haciendo paulatinamente más estrechas, sin embargo, veremos que detrás de esta supuesta homogeneización cultural, las distinciones entre centro y periferia, el discurso oficial y el de los “otros”, continúa operando. “El discurso postmoderno no actúa como la vieja ideología liberal, diciéndole a la gente que en el mercado hay libertad, igualdad y propiedad para todos. Más bien le dice a la gente que hay caos en la realidad (escondiendo cuidadosamente el hecho de que ese caos es producido por las mismas fuerzas del mercado) y dislocación a nivel personal, y que nada se puede hacer frente a esto. Por eso es posible sostener que el postmodernismo se ha transformado en la lógica filosófica del neoliberalismo, así como el neoliberalismo se ha convertido en la lógica económica de la modernidad tardía”<sup>80</sup>.

Uno de los grandes íconos del posmodernismo es el avance y la acelerada internacionalización de los medios masivos de comunicación. Es aquí en donde entramos en contacto con el concepto de Globalización, que concibe al mundo como una “aldea global” en donde las barreras culturales, religiosas o geográficas se difuminan en tanto todo estaría interconectado por los nuevos avances tecnológicos. Este nuevo escenario trae consigo un sinnúmero de cambios en la forma de relación de las personas, en el plano cultural y político.

Partamos analizando uno de los fenómenos más estudiados: la televisión. El sujeto posmoderno, instalado en un mundo globalizado ha llevado a cabo un cambio en su manera de percibir lo que sucede a su alrededor. Podemos visualizar a este sujeto como

---

<sup>78</sup> Richard, Nelly. Op. Cit. p. 37.

<sup>79</sup> Avelar, Idelber. Op. Cit. p. 321.

<sup>80</sup> Larraín, Jorge. Op. Cit p. 84.

una persona que, a través de la pantalla de su televisor puede saber lo que ocurre en el resto del mundo, entretenerse, ver productos que deseará comprar, etc. La televisión le proporciona un caleidoscopio de alternativas en las cuales ocupar su tiempo de ocio. Eso sí, la televisión maneja sus propios códigos y sistemas, los cuales pueden ser aprendidos rápidamente por un televidente asiduo. Uno de estos códigos es el manejo del tiempo, basado en la ritualización y rutina programática: “¿Y no es insertándose en el tiempo del ritual y la rutina como la televisión inscribe la cotidianidad en el mercado? El tiempo en que organiza su programación la televisión contiene a la vez la *forma de la rentabilidad* y del *palimpsesto*, de un entramado de géneros. Cada programa, o mejor, cada texto televisivo, remite su sentido al cruce de géneros y los tiempos”<sup>81</sup>.

La televisión conoce sus potenciales consumidores y, según éstos realiza su programación. De esta forma, se realizan estudios sobre audiencias, para proyectar de manera eficaz los hilos mercantiles asociados a la publicidad y la persuasión. Es así como se ha llegado a configurar el perfil del consumidor actual, el cual, según Elizabeth Lozano, posee un carácter nomádico: “Las audiencias están dispersas, el sujeto social es un “viajante”, negociante/viajero, que descansa aquí y allí, que escucha noticias entrecortadas y recuerda lugares que nunca ha visitado y visita lugares que no puede recordar”<sup>82</sup>. Por lo mismo, el discurso televisivo se estructura de acuerdo a una preponderancia de la imagen por sobre otros canales, ya que el televidente posmoderno usa el control remoto para escoger entre una serie de canales aquello que más le guste o impacte, “el control remoto es una máquina sintáctica, una moviola hogareña de resultados imprevisibles e instantáneos, una base de poder simbólico que se ejerce según leyes que la televisión enseñó a sus espectadores”<sup>83</sup>.

La televisión ha venido a tomar el lugar que antiguamente ocupaban las instituciones en el manejo de las relaciones interpersonales, en la televisión hay juicios, se realizan los debates políticos, se abordan temas que inmiscuyen a toda la comunidad: “Investida de la autoridad que ya no tienen las iglesias ni los partidos ni la escuela, la televisión hace sonar la voz de una verdad que todo el mundo puede comprender rápidamente. La epistemología televisiva es, en este sentido, tan realista como populista, y ha sometido a una demoledora crítica práctica todos los paradigmas de transmisión del saber conocidos de la cultura letrada”<sup>84</sup>. Nos encontramos frente a una nueva manera de conocer y de relacionarse con los demás, esto nos hace adentrarnos en una reflexión sobre la proximidad de los sujetos, que, con estos nuevos mecanismos ya no se insertan en un plano físico, sino en una dimensión virtual. “La imbricación entre televisión e informática

<sup>81</sup> Martín-Barbero, Jesús: *Recepción de medios y consumo cultural: Travesías*. En: *El consumo cultural en América Latina*. Santafé de Bogotá, Editorial Convenio Andrés Bello, 1999. p. 16.

<sup>82</sup> Lozano, Elizabeth: *Del sujeto cautivo a los consumidores nomádicos*. En: Guillermo Sunkel (coord.): *El consumo cultural en América Latina*. Santafé de Bogotá, Editorial Convenio Andrés Bello, 1999. p. 61.

<sup>83</sup> Sarlo, Beatriz: *Escenas de la vida postmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Bs. Aires, Editorial Ariel, 1997. p. 59.

<sup>84</sup> Sarlo, Beatriz. Op. Cit. p. 68.

produce una alianza entre velocidades audiovisuales e informacionales, entre innovaciones tecnológicas y hábitos de consumo, atravesando y reconfigurando las experiencias de la calle y hasta las relaciones con nuestro cuerpo, un cuerpo sostenido cada vez menos en su anatomía y más en sus extensiones o prótesis tecnomediáticas. Pues la ciudad informatizada no necesita cuerpos reunidos sino interconectados”<sup>85</sup>.

Existe todo un entramado de mecanismos que hacen que el telespectador se sienta en una relación de cercanía con la televisión. Beatriz Sarlo señala el uso de la autorreflexividad, la cita y la parodia, los cuales a diferencia de lo que ocurre en la literatura, marcan una pauta de reconocimiento y proximidad entre espectador y televisión. Se establece una complicidad en los temas y en la permeabilidad de éstos en los programas de distintos canales. El espectador conoce esos temas y puede comprender las citas que se hacen de éstos en los diversos programas. Esto nos demuestra, una vez más la predilección que tiene el sujeto posmoderno por la repetición; si bien se encuentra en un contexto fragmentado, ilimitado y multitemático, la repetición permite ordenar de alguna manera el popurrí de información puesto a la orden de los espectadores, “la repetición es una máquina de producir una felicidad apacible, donde el desorden semántico, ideológico o experimental del mundo encuentra un reordenamiento final y remansos de restauración parcial del orden”<sup>86</sup>. La máxima representación del recurso de la repetición es la parodia, existen programas enteros que parodian a otros y se usa como fundamento principal de la comicidad.

Ahora que ya hemos visto la forma en que funciona la televisión dentro de la posmodernidad, podemos reflexionar acerca de lo que pasa en torno al consumo cultural. La televisión, con su miscelánea parrilla programática, ha desplazado a otras formas de conocimiento que poco a poco van en desmedro. “En el nuevo escenario, la privatización del consumo de información y entretenimiento, la tendencia al sedentarismo y a la comodidad del hogar se confrontan con los desplazamientos, las salidas al cine, al teatro, a otros espectáculos colectivos y otros usos del tiempo de ocio”<sup>87</sup>. Hay una transformación en las formas de acercarse a la cultura, el acceso a determinadas zonas se hace ahora en un ámbito más privado y cómodo, ya no es necesario salir de casa para acceder a un sinnúmero de posibilidades culturales o de entretenimiento. Además, con la masificación de Internet y el traspaso masivo de información –en todos los formatos: textual, audiovisual– se puede acceder a rincones inimaginados de conocimiento. Esto corresponde a lo que se ha denominado *interculturalidad*.

No obstante, nos encontramos con un problema no menor, vimos que desde la dictadura se produjo una fisura entre una cultura de masas y otra de ricos. Si tomamos en

---

<sup>85</sup> Martín-Barbero, Jesús: Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación. En: Mabel Moraña (ed.): Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000. p. 21.

<sup>86</sup> Sarlo, Beatriz. Op. Cit. p. 60.

<sup>87</sup> Terrero, Patricia: *Ocio, prácticas y consumos culturales. Aproximación a un estudio en la sociedad mediatizada*. En: Guillermo Sunkel (coord.): El consumo cultural en América Latina. Santafé de Bogotá, Editorial Convenio Andrés Bello, 1999. p. 202.

cuenta que los medios masivos de comunicación se encuentran manejados por las fluctuaciones del capital y los intereses del mercado, ¿este flujo está interesado en mostrar otras representaciones que no vayan acorde con los gustos del mercado? Si el consumo cultural se define como “el conjunto de procesos de apropiación y usos de productos en los que el valor simbólico prevalece sobre los valores de uso y de cambio, o donde al menos estos últimos se configuran subordinados a la dimensión simbólica”<sup>88</sup>, ¿cómo es posible una verdadera y libre apropiación del consumo cultural en un tiempo en que todo se maneja a través de las reglas del mercado? Esta es una de las paradojas que pueblan la posmodernidad, “En el mercado se hacen oír las voces que no tienen autoridad para hablar en la sociedad de los artistas: el público, cuyo saber es inespecífico, vale allí tanto como quienes poseen saberes específicos. En última instancia, el público podrá decidir si le parecen atinadas o convenientes o simpáticas o aceptables o entretenidas las opiniones de los críticos y las declaraciones de los artistas”<sup>89</sup>. Esto trae consigo el problema de la legitimación de la actividad cultural y artística, ya que si no existe un público que conozca sus códigos –que operan de manera distinta de los medios de comunicación de masas– difícilmente podrán obtener un reconocimiento y una mayor expresión.

Al situarnos en la fragmentación que porta el espíritu posmoderno, llegamos también a la reflexión sobre las expresiones culturales que se dan hoy en día. Según Idelber Avelar, con la imposición de la dictadura desapareció la figura del intelectual, puesto que éste proyectaba su trabajo hacia las distintas áreas del saber y en la medida que se asignaron campos particulares de especialización, la figura del intelectual habría quedado relegada a un segundo plano y éste se vería “forzado a escoger entre la especialización académica meramente técnica, instrumental, y una existencia vegetativa en esferas públicas donde su actividad crítica ha sido reducida a una *opinión* que no hace diferencia cualitativa en el menú potencialmente infinito de diferencias del mercado”<sup>90</sup>. Es por esto que haría falta una mirada que pudiese reunir las expresiones culturales y sociales para poder reflexionar y direccionar de manera crítica y fundamentada las líneas de acción que debieran seguirse. Este sería el papel asignado actualmente a los estudios culturales.

Según Adriana Valdés, en la lógica del posmodernismo, que debiera ser integradora, abarcadora de discursos diversos y realizadora de diálogos interculturales, aún es posible vislumbrar la diferencia entre occidentales y “no occidentales”. Tomando en cuenta la expresión artística mundial –que se reúne en las bienales– todavía es posible identificar las distinciones entre “centro” y “periferia”. Y es que el posmodernismo se rige por la lógica del mercado, en donde, como señalábamos anteriormente, existen problemas para insertar el discurso de lo cultural. Para Adriana Valdés, no queda otra alternativa que ser “ladinos” y buscar los resquicios, las rendijas del mercado en donde se pueda instalar la cultura. En este sentido “hay un desafío a las políticas de gobierno, notablemente a la de

<sup>88</sup> García Canclini, Néstor: *El consumo cultural: una propuesta teórica*. En: Guillermo Sunkel (coord.): *El consumo cultural en América Latina*. Santafé de Bogotá, Editorial Convenio Andrés Bello, 1999. p. 45.

<sup>89</sup> García Canclini, Op. Cit. p. 50.

<sup>90</sup> Avelar, Idelber. Op. Cit. p. 324.

comunicaciones, y a su compleja relación con el tema de la libertad y de la pluralidad. Y hay un desafío enorme a la cultura como especialidad, como “sector”, en cuanto a su capacidad de exceder su propio encapsulamiento y aportar elementos en un terreno común de reflexión de varias disciplinas de las ciencias sociales”<sup>91</sup>.

Es hora de observar las reales texturas del posmodernismo, ¿es realmente el posmodernismo una inocente instancia de relación intercultural en tanto las diferencias locales van desapareciendo cada vez más? Frente a esto Jorge Larraín señala una observación muy aguda: “El postmodernismo está siempre a favor de exagerar las diferencias, no de absorberlas. Si alguna defensa contra el “otro” existe –y yo creo que sí existe- es mucho más sutil y pasa por exagerar las diferencias hasta el punto que no queda nada común y la esencia de lo que se supone es latinoamericano ya no puede tocar esa otra esencia de lo que se supone es europeo. La defensa es por exclusión, no por integración (...) No es difícil ver que existe una relación entre la posición postmodernista, que hace del caos y de la fragmentación el estado normal de la sociedad, y la ceguera del mercado libre. La nueva hiperrealidad caótica postmoderna es, en el fondo, resultado de las fuerzas del mercado operando sin trabas”<sup>92</sup>.

Dentro de esta lógica de exagerar las diferencias hasta disolverlas, queda ahora la tarea de representarlas, ¿será posible que los rasgos identitarios de una cultura se fundan finalmente en una sola expresión totalizante, abarcadora de culturas adyacentes? Según García Canclini, el arte “necesita ocuparse de la recomposición de las culturas nacionales y de lo que se construye más allá de ellas. Esta tarea no puede ser sólo de los artistas. Podrá extenderse en la medida que las instituciones, los intermediarios y los públicos participen –más allá del estrecho horizonte del mercado- en la reelaboración de los mapas de interculturalidad”<sup>93</sup>.

Hasta ahora tendríamos por lo tanto, un posmodernismo que, si bien avanza en un intento por eliminar las diferencias culturales, aún esa tarea estaría incompleta; en un sentido, porque pese a que se conformen migraciones e intercambios, aún operan lógicas distintivas entre las expresiones culturales, y por otro lado, el arte buscaría recomposición de las culturas nacionales. Sin embargo, es imposible negar que, dentro de un mundo cada vez más globalizado, las prácticas culturales van permeándose, y las actividades cotidianas toman matices muy similares en distintos lugares.

Tal vez sea preciso tomar en cuenta lo que Jesús Martín-Barbero plantea con respecto al uso de los mecanismos tecnológicos en la educación. Existe una generación que utiliza normalmente los códigos de Internet y los medios masivos de comunicación para realizar sus actividades. Esto provocaría un desfase entre el sistema de educación lineal y la nueva forma multifocal de acceder a los conocimientos: “Un uso creativo y

---

<sup>91</sup> Valdés, Adriana: *Aquello que todavía llamamos cultura* (114-118). En: Composición de lugar. Escritos sobre cultura. Santiago, Editorial Universitaria, 1996. p. 118. <sup>92</sup> Larraín, Jorge. Op. Cit. p. 89.

<sup>92</sup> <sup>93</sup> García Canclini, Néstor: *La épica de la globalización y el melodrama de la interculturalidad*. En: Mabel Montaña (ed.): Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales. Santiago, Editorial Cuarto Propio, 2000. p. 39.

<sup>93</sup>

---

crítico de los medios y las tecnologías informáticas –televisión, video, computador, multimedia, internet- sólo es posible en una escuela que transforme su modelo y su praxis de comunicación: que haga posible el tránsito de un modelo centrado en la secuencia lineal que *encadena unidireccionalmente* materias, grados, edades y paquetes de conocimientos, a otro *descentrado y plural* cuya clave es el “encuentro” del *palimpsesto* –ese texto en el que un pasado borrado emerge tenazmente, aunque borroso en las entrelíneas que escriben el presente- y el *hipertexto*: escritura no secuencial sino *montaje* de conexiones en red que, al permitir/exigir una multiplicidad de recorridos, transforma la lectura en escritura”<sup>94</sup> .

Llegamos así al final de este recorrido, esta indagación sobre los procesos que han influido en la conformación de una identidad latinoamericana. Si la finalidad de este trabajo era revisar la forma en que la modernidad y la posmodernidad se inscriben en Latinoamérica, atendiendo los procesos que acá se llevaron a cabo, es importante tener en cuenta varios aspectos.

Para esta reflexión final vamos a retomar –siguiendo nuevamente el método del palimpsesto– el epígrafe que da inicio a este texto. Si vemos a América Latina desde aquella escena en que los indígenas chilenos se encuentran con un hombre perteneciente a una raza totalmente distinta a la suya, podemos materializar la imagen de América como una sociedad que tuvo un desarrollo truncado. Frente a aquel negro los indígenas sienten desconfianza, pues ya conocían a los españoles y pensaban que podía ser alguno de ellos disfrazado. Esa desconfianza siempre se mantuvo, suponemos que en el proceso de aculturación o sincretismo cultural, el recelo, la cautela, estuvieron siempre presentes. Si los indígenas querían borrar la negrura del negro, era para quitar esa diferenciación que los separaba. Increíblemente, al final de todos los procesos, instalados ahora en la posmodernidad, las diferencias ya no serían algo tan disyuntivo.

Cuando las sociedades latinoamericanas comenzaban a emprender un camino propio a partir del Boom, los movimientos sociales, etc., vendría un nuevo escollo que estancaría sus aspiraciones. Los regímenes dictatoriales nuevamente truncarían una posibilidad identitaria, una ilusión de autonomía. Dentro de la dictadura surgiría de nuevo la desconfianza y los discursos y las personas disfrazadas también podían proliferar. Las dictaduras dejaron la huella de la derrota y lo peor, a partir de la violencia y los medios de comunicación masiva se iría forjando un acostumbamiento, un dejar pasar –salvo en algunos sectores– que se plasmó en una sociedad sojuzgada, sin derecho a reclamo. Esto se dejó ver también en la literatura, en tanto el uso de la alegoría exhibía la impotencia de narrar el objeto, el duro enfrentamiento con la derrota. Luego, vendría la promesa de la vuelta a la democracia, al consenso, pero se trataba de una fachada, el neoliberalismo ya estaba imperando y frente a eso, poco se podía hacer. Finalmente, la época postdictatorial –que acá coincidió con el posmodernismo– no sería sino la expresión de esa derrota, de esa sumisión ante el “otro”. Actualmente las diferencias culturales se asimilan, el avance tecnológico ha implantado nuevas formas de (re)conocimiento, y ya no son necesarias las mazorcas para borrar el color que hace la distinción, porque la diversidad se va haciendo normal, dentro de un palimpsesto cultural

<sup>94</sup> Martín-Barbero, Jesús. Op. Cit. p. 28.

que cada vez se heterogeiniza más. Sin embargo no hay que dejar de lado que la lógica del capital es la que sigue imperando. En este sentido, aquellas remotas mazorcas deben transformarse en crítica, en una mirada más aguda, para revelar qué se esconde detrás de aquello llega desde afuera y que aceptamos tan fácilmente. Por eso, frente a esto tal vez sea necesario llevar a cabo lo planteado por Adriana Valdés, ser más astutos –menos ingenuos, menos receptivos– e inmiscuirnos en las rendijas del mercado para ubicar un sitio donde pueda instalarse la cultura.

Por lo menos estas reflexiones, y estas miradas retrospectivas que hemos revisado aquí, dan un aliento y nos hacen vislumbrar que mientras haya reflexión, el pensamiento crítico, la cultura, las artes, podrán seguir existiendo, aún en los tiempos disgregados en que vivimos.